

·VIAJES·PINTORESCOS·



EL JAPON

321
la



THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
LOS ANGELES

EL JAPÓN

EN LA MISMA COLECCIÓN

JUDITH GAUTIER : LA CHINA

COMANDANTE HAILLOT : MARRUECOS

V. H. FRIEDEL : ESPAÑA

JUAN BAYET : EGIPTO

MARCELO PIONNIER : LA INDIA

BRIEUX : ARGELIA

ENRIQUE DE NOUSANNE : RUSIA

— ESCOCIA

*Estas obras han sido favorecidas con una subscripción por los Gobiernos
francés, inglés, etc.*

Reservados los derechos de traducción y de reproducción en todos los países.



M. Dr. Cane



VIAJES PINTOESCOS

EL JAPÓN

POR

JUDITH GAUTIER

DE LA ACADEMIA GONCOURT

PRÓLOGO DE JUAN AICARD

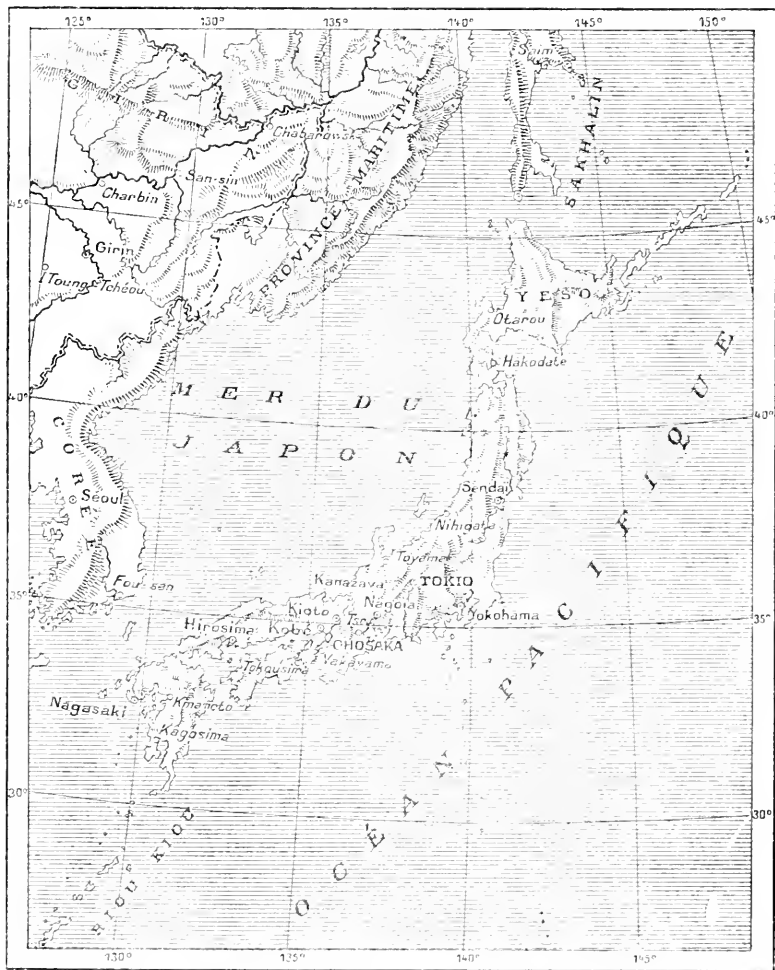
DE LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO VERA

12 ACUARELAS Y UN MAPA

CASA EDITORIAL HISPANO-AMERICANA

222, BOULEVARD ST-GERMAIN | CALLE DE SARMIENTO, 471
PARIS | BUENOS-AIRES



MAPA DEL JAPÓN

DS
S10
G23j S

PROLOGO

717320

PRÓLOGO

“ ¡ EMPRENDER un viaje pintoresco ! ” ¡ Qué emoción producían estas sencillas palabras en nuestra alma de niños, y qué deliciosa turbación despiertan todavía en nosotros !

Vivir es esperar. En realidad, no vivimos sino en espera de no se sabe qué cosa agradable, de algo que probablemente llegará de un momento á otro . . . luego . . . mañana . . . ó el año que viene. Acaso todo haya cambiado entonces ; serán otras las condiciones de nuestra vida ; habremos vencido tal ó cual dificultad, triunfado del obstáculo que se oponía á nuestra felicidad, á la realización de nuestros deseos de ambición ó de amor. La infancia y después la adolescencia, transcurren así invocando al porvenir, soñándole resplandeciente de mágicos colores. Ser joven es esperar, sin motivo justificado y á pesar de uno mismo, en el infinito — es decir, viajar en espíritu hacia horizontes siempre renovados — anticipándose á todas las alegrías.

La mayor parte de los hombres, retenidos en los

Prólogo

mismos sitios por necesidad, acostúmbrense á no esperar nada. Han aprendido, más ó menos pronto, que el mañana será, para ellos, igual al ayer ; la ciudad, la aldea ó el campo en donde viven, no les enseñarán nunca otras cosas que las que ya conocen.

En cuanto adquieren la certidumbre de ello, han envejecido, verdaderamente envejecido de mala manera ; pero aun entonces ocurre que las sugestivas palabras ; “ emprender un viaje pintoresco ” reaniman, en ellos, la fuerza para esperar, para soñar, para querer y para obrar. La ilusión fecunda de que habla el poeta vuelve á anidar en su corazón ; y desde que comienzan el viaje, creen, como el héroe de Cervantes, que á cada recodo del camino va á surgir la Aventura, lo nuevo, el acontecimiento exquisito que los sedentarios — al menos así lo creen ellos — no sabrían encontrar.

Y este es precisamente el encanto del viaje : la indefinida renovación de nuestra facultad de esperar con alegría. Viajar es esperar, y esta es la razón de por qué muchas veces los viajes son el remedio eficaz contra las penas, porque nos obligan á seguir esperando. El deseo de viajar es esencialmente un deseo de cosa nueva y entretenida, de algo inédito, de algo novelesco ó fantástico, y en todo caso de algo no visto.

El exotismo en literatura ha sido un rejuvenecimiento.

El Robinsón Crusocé es el prototipo de los viajes, y



Prólogo

jamás libro alguno tuvo un éxito tan grande y tan duradero.

La aparición de Pablo y Virginia, fué una revelación. Eran Adán y Eva, niños, en un paraíso nuevo. El viaje había rejuvenecido la inocencia y hasta el amor.

Con Pierre Loti y con Chateaubriand, se vivificaron la curiosidad y la esperanza.

Nosotros, escolares del siglo XIX ¿ no hemos leído con avidez, tras una muralla de diccionarios, anodinas historias sin ilustraciones de cacerías en América, de *apaches* y de gitanos? En cuanto á la verdadera geografía y etnografía científicas, antes de los hermanos Reclus, se nos presentaba sin adornos, sin amenidad, sin colorido, en libros enfadosos que frecuentemente rechazábamos.

Se ha llegado á comprender hoy que los libros de “instrucción” destinados á los niños, deben dirigirse á su sensibilidad, á fin de excitar en ellos “la esperanza,” la sana curiosidad, es decir, la alegría de vivir.

La Casa Editorial Hispano-Americana ha emprendido la publicación de esta nueva serie de obras con ilustraciones magníficamente reproducidas — preciosos documentos — destinadas á la vez á los escolares y á los hombres, obras de educación y entretenimiento para unos y álbum de recuerdo para los demás.

Los seis primeros volúmenes están dedicados á España, Marruecos, Egipto, India, China y Japón.

No hacemos la crítica de los textos, debidos

Prólogo

á los señores : Friedel, bibliotecario del Museo Pedagógico, autor del volumen sobre España ; commandante Hailot, destacado en Casablanca, que ha escrito el referente á Marruecos ; Bayet, agregado al ministerio de Instrucción Pública, autor del libro sobre Egipto ; capitán Marcelo Pionnier, comisionado oficial por el Gobierno, autor del libro acerca de la India ; y por último la señora Judith Gautier, miembro de la Academia Goncourt, autora de los libros sobre la China y el Japón.

Entre los firmantes de los seis volúmenes que seguirán, se encuentran los señores Brieux, de la Academia francesa, que escribe el libro sobre Argelia, Noussanne, autor del libro sobre Rusia, etc. etc.

Con tales nombres, las obras se recomiendan por sí mismas ; pero lo que puede particularmente, indicarse, es el interés que ofrecen las preciosas láminas en color con que están enriquecidos estos libros. El positivo valor documental de dichas láminas constituye su principal mérito. Muchas de estas ilustraciones son fotografías en color tomadas del natural, otras son acuarelas ejecutadas, desde luego, tomando por modelo á la naturaleza, y todas ellas son “ retratos justos y vivientes de los diversos países.”

Ilustrado con tales imágenes, el texto hablará á los ojos de los niños, cautivando su atención, haciendo que

Prólogo

después de haberlas visto, no olviden nunca el país por el que creerán que han viajado efectivamente.

En cada serie, se resume los diferentes caracteres generales de las grandes comarcas que se ofrecen á nuestra vista.

La fotografía contemporánea nos ofrece por todas partes, y en cualquier momento, datos precisos, pero no con la profusión y amenidad de los colores, que, para chicos y grandes, es uno de los mayores atractivos. Acordémonos de la influencia que las viejas estampas ejercieron en nuestros cerebros infantiles. ¡ Felices los niños de hoy !

¡ Con qué palabras, á menos de ser un Pierre Loti, se dará al lector la idea de lo que puede ser un príncipe indo, un maharadja en traje de gala ! ¿ Cómo saber que el elefante que lleva á este personaje está revestido de un brocado de oro, que el carro sin ruedas, el solio que se ve sobre el lomo del enorme animal no es, como el príncipe, sino una cascada de oro ? Únicamente la imagen en color puede decirlo ; por sí sola es un cuento de hadas, y he aquí un buen procedimiento para enseñar á los niños lo que es un maharadja y en qué suntuosidades se encuentra, bajo un quitasol de oro y sobre un elefante cubierto de piedras rutilantes.

El texto de los volúmenes sobre la China y el Japón, es debido á la pluma de la señora Judith Gautier. Nadie mejor que ella puede hablar de esta China

Prólogo

“ que ha inventado todo ó casi todo, en una época de las más remotas.”

Esta serie de doce viajes pintorescos, tendrá una verdadera significación educativa.

JUAN AICARD,
De la Academia francesa.

EL JAPÓN

SUS ORÍGENES

Los eruditos japoneses se ven obligados á confesar su ignorancia acerca de los orígenes de su nación. Respecto de este punto, la Historia tiene que ceder la palabra á la leyenda. Muchas son las hipótesis que pretenden arrojar alguna luz sobre los oscuros comienzos de la nación nipona, pero no nos detendremos en examinar sino una : la más curiosa.

Hacia el siglo VII antes de Jesucristo, reinaba en China el terrible Si-Kouo, verdadero Nerón del Celeste Imperio, cuyos crueles y costosos caprichos arruinaban á sus súbditos, quienes vivían en perpetua zozobra.

Un día mandó hacer una oquedad tan grande como un lago y, llenándola de vino en vez de agua, se paseó por ella en una barca con toda su corte.

En otra ocasión edificó un palacio de grandes dimensiones mandando que todas las piezas fueran de oro y plata. La historia de la China, que refiere estos

El Japón

hechos, dice que, cuando más tarde, durante una guerra civil, incendiaron este palacio, tardaron tres meses en enfriarse sus cenizas.

No hay por qué decir que para cubrir estos gastos se levantaron impuestos verdaderamente onerosos. Nadie sabía al acostarse si al amanecer le pertenecía un campo ó se lo encontraría devastado y hasta confiscado por el placer del príncipe. Los que le rodeaban diariamente eran los más ansiosos ; un tirano que se burlaba de la vida humana y que por cualquier falta pequeña y, á veces, sin razón ni motivo alguno, hacía rodar las cabezas á sus pies, tenía que inspirar terror. Era tan temido como odiado ; pero él no se preocupaba. ¿ Qué le importaban los sentimientos de su pueblo ? Después de todo no pensaba mal, puesto que los chinos, resignados, no se preocupaban en sacudir su yugo destronándole.

Pero este soberbio emperador, cuyo capricho era ley, no vivía tranquilo. Un gusano roedor le privaba de toda alegría ; la zozobra de su muerte, que no podía evitar, le envenenaba la existencia. Tener que renunciar al Imperio, ceder á lo inevitable, abandonar los placeres, era dura cosa para él, autócrata soberbio y voluptuoso. Estos pensamientos le abrumaban y para que no le torturasen, decidió esperar á que un precioso remedio le dispensara del tributo que debe pagar todo hombre y anunció que recompensaría espléndidamente á quien descubriera un remedio contra la muerte. Su primer médico, á quien la inquietud hacía perverso, se

La Historia

presentó á él y le dijo: “ Señor, Vuestra Majestad, lo ha adivinado. Existe, en efecto, una planta cuyo jugo bienhechor, hace retroceder hasta el infinito los límites de la vida, pero esta planta está muy lejos, en las islas del Japón, y únicamente la pueden coger unas manos puras. Ordene, pues, V.M. que me acompañen trescientos jóvenes y otras tantas muchachas limpias de cuerpo y alma. Yo los guiaré en sus pesquisas y, con su auxilio, le traeré el precioso remedio.”

El monarca, creyendo en la bella promesa, entregó á su médico los seiscientos jóvenes, equipándolos espléndidamente.

No se volvió á ver más á los expedicionarios, porque, una vez que hubieron llegado á la lejana isla, dieron á los salvajes habitantes de ella sus riquezas, sus artes, sus ciencias, sus letras; en una palabra, toda la antigua civilización china.

Los japoneses han conservado el recuerdo de esta emigración conmemorándolo con enormes piedras, ruinas del templo que hay á la orilla del mar y erigido en agradecimiento á Sion-Fou, el astuto médico.

LA HISTORIA

En el siglo VI es cuando el Japón aparece en la Historia. En este momento acaba el período belicoso de las invasiones y conquistas y se trata de organizar as provincias conquistadas, dándoles una forma de gobierno. Con la vista fija en la China á la que tanto

El Japón

debían ya, los japoneses imitaron su constitución, dando origen al imperio centralista. Tuvieron por jefe al Hijo del Cielo, el *Mikado*, “quien reina en el Japón desde el principio del tiempo y siempre.” Sin embargo, la Constitución no estaba en armonía con la conformación geográfica del país. Como un traje usado y estrecho, cedió al cabo de dos siglos, quedando dividida la nación en gran número de principados. Después de luchas intestinas, que duraron mucho tiempo, el cetro quedó en manos de un sólo hombre quien tenía bajo su poder muchos vasallos, constituyendo de este modo un régimen feudal.

El Mikado, ejercía á la vez las funciones de Soberano y de Padre de su pueblo, es decir, que era ilimitado su poder. Demasiado soberbio para dejarse contemplar por ojos profanos, no se presentaba jamás en público, y vivía retirado en el fondo de su palacio de Kioto. Comunicaba con sus súbditos por intermedio del *shogoun* ó *taicoun*, á quien dictaba sus voluntades. El cargo de shogoun se hizo hereditario y lo que empezó siendo una función, convirtiéndose poco á poco, en una dignidad real, efectiva y poderosa.

Los vasallos, propietarios de señoríos considerables, se llamaban *daimio*; sobre ellos estaban los *samurai*, oficiales nobles, pero muy pobres en general, á quienes les estaba prohibido el comercio. En último lugar, estaban los mercaderes y el pueblo bajo.

Este estado de cosas duró mucho tiempo y las revoluciones no atentaron, por decirlo así, al régimen



EL TEMPLO.

Los Nombres

establecido. En nuestros días, solamente en 1868, el Japón experimentó una transformación política. Cansado de no ser sino una fórmula, sin vida propia y sin poder, el Mikado rompió las barreras que, so pretexto de garantizarle contra la invasión, le tenían prisionero. Él mismo hizo una revolución y empuñó con mano firme las riendas del gobierno, sabiendo conducir á un pueblo, siempre joven, entusiasta y activo, por la vía del progreso moderno.

LOS NOMBRES

Es necesario saber que en el Japón tanto los nombres de las ciudades como los de las personas cambian con mucha frecuencia, sea por cualquier accidente casual, sea después de un trastorno político. El mismo reino comenzó por llamarse *Akitsousima*, la isla de la Libélula, á causa de su forma. Visto desde una altura, sus contornos recuerdan, en efecto, al insecto de cuerpo largo y delgado y anchas alas extendidas; más tarde recibió el nombre de *Yamato*, que quiere decir “país montañoso.”

Por último, el nombre actual se deriva del chino *Ji-pon*. El equivalente en japonés es *Hino-Mato*, que significa “punto de origen del Sol.”

La capital, Tokio, se llamó en 1600 Yeddo, nombre que conservó hasta la revolución de 1868. Este nombre se lo dió un ilustre político que había usurpado el poder y á quien se le llamó sucesivamente Tokougava-

El Japón

Hieyas, Taketsio, Djiro-Sabouro-Moto-Nobou, Moto-Yasou-Kourande. Y por si esto no fuera bastante, después de su muerte, se le llamó Gonghen-Tosokou.

TOKIO

Antes del año 1600, un sólido castillo del siglo XIV se elevaba cerca de la bahía, y á sus pies unas cuantas aldeas de pescadores estaban diseminadas por la inculta llanura. El antiguo ministro de Taiko, Hieyas, fué quien, por consejo de su señor, construyó sobre aquel terreno abandonado una ciudad que erigió en capital después de haber usurpado el poder real. Su dinastía fué destruida por el mismo Mikado cuando, en el año memorable de 1868, quiso salir del éxtasis en que el Hijo del Cielo estaba sumido desde el principio de los siglos.

Este glorioso emperador que empuñó en sus manos viriles el cetro, tanto tiempo en poder de los shogounes, se llamó Mitsu-Hito, el hombre conciliador, y fué quien dió á su residencia el nombre de Tokio.

Tokio es una gran ciudad situada en el fondo de una bahía encantadora y que, sin ninguna fortificación, se extiende sobre una llanura ondulada de colinas. Las casitas con sus jardines están colocadas caprichosamente, sin los alineamientos á cordel que forman calles rectas y enfadosas. Un encantador capricho parece haber presidido á la solución de este gran problema: abrigar en una misma ciudad á más de un millón de

Tokio

habitantes. Los arrozales regados por canales, los ríos unidos por numerosos puentes, los principescos castillos que emergen de vastos parques y los bosques sagrados que rodean los templos, dan á los habitantes de la ciudad la ilusión de que viven en pleno campo, y, dominando orgullosamente todo el conjunto, el recinto fortificado del inmenso palacio imperial alza al cielo sus bastiones infranqueables. Una vía férrea une á Tokio con Yokohama, dejando sobre los luminosos paisajes de este suelo las huellas de la civilización occidental.

En el sitio en que se detiene el tren, la ciudad nipona no ofrece ningún carácter individual ; diríase que se está en una ciudad de los Estados Unidos ; pero felizmente esta engañosa impresión sólo dura el tiempo que se tarda en atravesar uno ó dos bulevares formados por una serie de casitas de madera, bajo cuyos techos se ven las ventanas con sus “ vidrieras ” de papel ; todas estas casas son muy parecidas por su forma y su color, un poco apagado por las intemperies.

Otras calles son anchas, en las cuales, de cuando en cuando, hay pórticos cubiertos por un techo ; estos pórticos eran antiguamente las separaciones indicadoras de los límites de los barrios y se cerraban por la noche á una hora determinada. Pero esta costumbre ha caído en desuso. Las calles están todas muy animadas y llenas de gentes ocupadas en sus asuntos. También hay coches pero no forman la aglomeración de los grandes bulevares de París. En Tokio, la mayor parte

El Japón

de los vehículos están tirados por hombres, aunque existe un miserable carruaje de un sólo caballo que lleva el poco glorioso nombre de Kosika-bha-cha, que quiere decir “coche de mendigo.” Pero el medio más elegante y más cómodo de locomoción es sin disputa el Norimono, linda caja de laca adornada con sedas bordadas, que termina en su parte superior por largas varas que sobresalen por los dos lados y se ponen sobre los hombros numerosos servidores. Recuerda en su principio, si no por su forma, la elegante litera del siglo XVII.

Un gran río, el Soumida-Gava, atraviesa la ciudad. Siguiendo su curso llegamos á la bahía donde están amarrados fuertes barcos de pesca. Todos los días suben estos barcos por el canal, llevando al mercado peces tan variados como raros: nuestras truchas, besugos, salmones y caballas, se encuentran allí con un aspecto y tamaño diferentes; también se ve enormes pulpos, crustáceos, mariscos de todas clases y hasta algas comestibles. Los mercaderes, exponen todos estos géneros de un modo abigarrado, formando un conjunto de colores desde el rubí sombrío hasta el esmeralda pálido.

EL FUSI-YAMA

Esta mole pálida y rosada se eleva al suroeste y domina á la ciudad, envuelta desde su base en una flotante bruma azulada que oculta el punto en que la gigantesca montaña parece cernerse en el aire. Ins-

Los Templos

piradora de hermosos cuadros y de entusiastas poesías, se alza desde que, en el año 285 antes de Jesucristo, surgió del suelo á causa de un violento temblor de tierra, alcanzando inmediatamente una altura de cerca de cuatro mil metros. Todos los japoneses están orgullosos de él y aman tiernamente al Fusi-Yama, en otro tiempo terrible volcán que, en el transcurso de los años, se ha apagado y parece dormido aunque en su cima sople incesantemente el viento y dé origen, con frecuencia, á violentas tempestades. ¿ Permanece inactivo el monstruo ? ¿ Quién se atreverá á creerlo ? En este país en el que la tierra vibra y oscila á cada momento, el cráter no ha dicho aún, seguramente, su última palabra. Acaso un día despierte y se trague las orgullosas casas de piedra que los japoneses de hoy prefieren á las antiguas moradas de madera.

LOS TEMPLOS

Uno de los más célebres templos de Tokio, es el Asakusa, y está dedicado á Kuanon, la diosa de la Misericordia.

Un pórtico monumental, precedido de lámparas de piedra, dá acceso á él. A ambos lados del pórtico hay dos reyes guardianes, que son dos gigantes de rostros rojos y contrariados que mueven sus ojos feroces é inspiran terror, cuando se les conoce mal. Se sabe, sin embargo, que no son terribles más que con los pecadores impenitentes. No sólo guardan la entrada

El Japón

del templo, sino á todos los creyentes que les dirigen sus plegarias con fervor y que cuidan de consagrarles un par de sandalias de paja. Estos piadosos mortales quedan preservados de las tentaciones y en virtud de la protección de los dioses, se curan sus heridas. Numerosos exvotos, en forma de sandalias, atestiguan la fe de los creyentes.

Cuando se sale del pórtico, se encuentra uno en anchas avenidas pavimentadas y bordeadas por cedros majestuosos. Bajo estos árboles hay barracas llenas de muñecos de todas clases. Se avanza y el templo aparece imponente, destacándose en rojo, bajo el cielo hacia el cual eleva sus torres de cinco pisos. Esta arquitectura proviene de la China y su principal característica es la curiosa forma de sus tejados, de volumen considerable, cuya altura es los dos tercios de la del edificio y cuyos bordes levantados, se aprecian mejor en los ángulos. El conjunto, da una impresion de pesadez y ligereza á un tiempo mismo. Se atraviesa el vestíbulo misterioso y sombrío, en el que reinan los pichones sagrados que le rozan á uno al volar y donde se compra el incienso que se quiere quemar en holocausto á los dioses, y se llega al templo, nave única de grandes proporciones, con la bóveda sostenida por numerosos pilares rojos con capiteles que no se ven desde el suelo por la gran altura á que están colocados. El altar, resplandece de oro y de luz, en medio de aquella obscuridad. Se ve Budas gigantescos, dorados, detrás de la verja de hierro fundido que casi los oculta y

Diferentes Tipos

alrededor penden en homenaje banderas, linternas y flores.

Delante del altar, un enorme y artístico incensario exhala un humo oloroso gracias á innumerables varitas de aromas que, por paquetes, los fieles arrojan en su interior.

De hora en hora, el velo perfumado se hace más opaco y da á las cosas, vistas confusamente, el tinte de lo irreal. Apenas se distingue los muros sobre los cuales hay pinturas y esculturas de todas clases, representativas de las leyendas. Se ve circular á los bonzos ó sacerdotes, con trajes amplios y la cabeza completamente afeitada. Cuando no se celebra el oficio pasean silenciosamente al compás de una extraña música, á través del templo, respondiendo á las preguntas de los peregrinos, y conduciéndoles á sus altares preferidos.

DIFERENTES TIPOS

Hay en el Japón dos tipos distintos. El primero, que es el más extendido, es el tipo chino ó coreano que se caracteriza por su cara redonda, mejillas aplastadas, nariz chata, boca bien dibujada, por regla general, y soberbios dientes.

Los que creen poseer el puro tipo japonés, tienen el rostro largo y pálido, la nariz aguileña, la boca fina, los ojos alargados é inexpresivos y los dientes blancos, largos é irregulares. Este es el tipo aristocrático cuya perfección admira á todos.

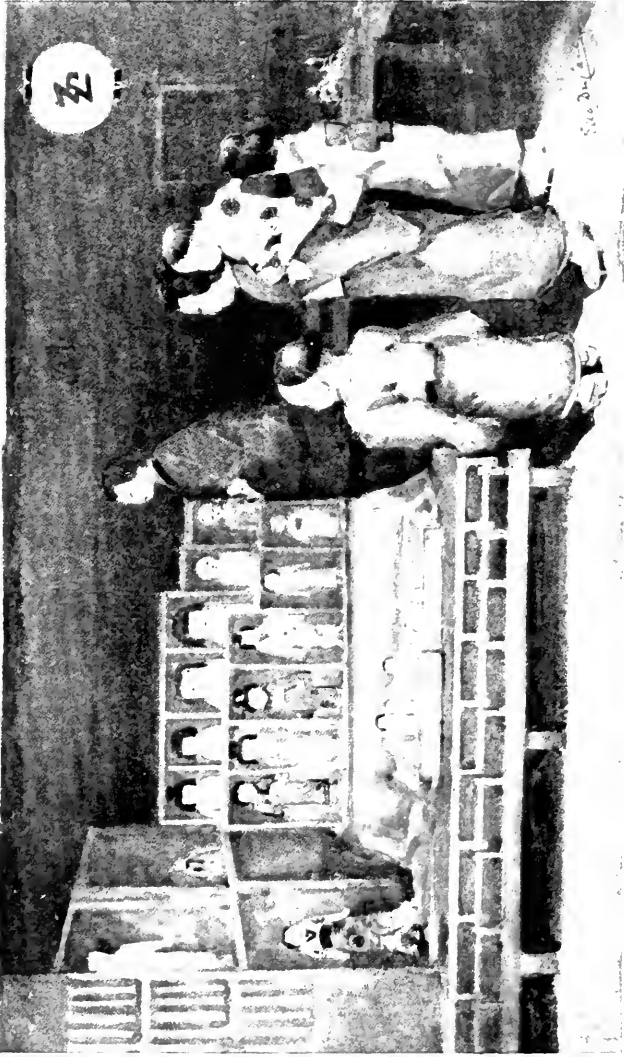
El Japón

Lo más extraño es que el carácter moral corresponde casi siempre con el tipo físico ; las alegres fisonomías chinas pertenecen á los hombres apáticos, risueños y de buen humor, mientras que la fisonomía japonesa es el patrimonio de las gentes silenciosas, melancólicas y tristes.

LOS TRAJES ANTIGUOS

No se puede uno formar idea de los trajes, sino en el museo de figuras de cera que hay en el recinto de Asakusa. En primer lugar se ve á los modernos japoneses admirando los trajes de sus antepasados. Las mujeres van con los pies vueltos hacia dentro, lo cual es un signo de elegancia, y prueba que, desde muy jóvenes, se les comprime las caderas para conservarlas estrechas y esto constituye un encanto más. Sus moños, muy altos, negros y relucientes, aseméjanse á un jardín del cual surjen flores de todas formas y matices, montadas en alfileres. Los trajes son sencillos y de un sólo color ; pero la variedad radica en el cinturón que eligen. Nada más rico que este adorno simbólico. Es toda una ciencia hacer el gran nudo, en forma de alas de mariposa, que completa el tocado femenino ; mirado atentamente, lo que no parece al principio sino un pretexto de coquetería, es, en realidad, una preciosa indicación para conocer el estado civil de cada graciosa silueta ; las solteras no se ponen el

乙形具中統子匠



Los Trajes Antiguos

cinturón como las casadas ; las ricas se hacen un nudo sobre el estómago y á las criadas se les obliga á que se hagan el lazo de una manera distinta.

Los vestidos de las jóvenes, mujercitas en miniatura, son un poco más llamativos que los de las personas mayores, pero sus cabellos están peinados con un moño alto, como sus mamás.

Las visitantes se detienen ante un *daimio* ó señor, en traje de corte. Con su vestido de sedas rígidas, de colores llamativos, salpicado de círculos heráldicos, de oro, tiene el aspecto de una pirámide. El pantalón se alarga desmesuradamente, hasta más abajo de los pies, los cuales quedan en realidad, encerrados en aquél, que forma una especie de cola. Las mangas, más anchas aún, están bordeadas de un cordón de seda que, corriéndose, les da el aspecto de un saco grande. Otras mangas salen de las primeras, pero de diferentes colores y el número de puños superpuestos indica el de vestidos que lleva debajo del primero. Un gran sable atraviesa estos vestidos y una observación superficial haría creer que tiene por funda el propio vientre del personaje. Una mano pequeña que sale de las mangas, sostiene un abanico y nos da idea de las verdaderas proporciones del príncipe. El tocado es curioso : consiste en una especie de cilindro de seda negra y paño de oro que se sujeta á la barbilla con un galón de oro. Por espléndido y pintoresco que sea el traje, parece que debe ser incómodo.

Después de él, una princesa, cuyo traje también es

El Japón

complicado pero, sin duda alguna, más rico y de colores más llamativos aún, se ofrece á la vista.

Su tez es de una blancura perfecta, animada únicamente por una linda boca purpurina; las cejas, afeitadas, están sustituidas por otras pintadas de negro sobre la parte superior de la frente, á fin de alargar el rostro; los cabellos están sueltos y caen hasta la parte inferior de los vestidos y se pierden entre sus pliegues. Cerca de ella está colocada la tabaquera, que es de laca, con incrustaciones de oro, una pipa pequeña y el tabaco fino y rubio que se llama “plumón de grulla.”

LA HORA JAPONESA

Antiguamente era muy complicada la manera de contar la hora en el Japón, pero ¡cuánto más bonita y original que como la indican nuestros relojes!

Se comenzaba por la cifra nueve, que es la cifra por excelencia, y marca, á la vez, la mitad del día: *la hora del Caballo*, y la mitad de la noche: *la hora del Ratón*.

Se procede de la manera siguiente: dos por nueve son diez y ocho; se suprime la primera cifra, y quedan ocho: *la hora de la Vaca*. Tres por nueve son veintisiete y suprimiendo la primera cifra, quedan siete que es *la hora del Tigre* y así se continúa multiplicando nueve por cuatro, por cinco, por seis, obteniéndose, de este modo, las seis divisiones del día y de la noche que corresponde, cada una, á las horas según nuestra división del tiempo.

La Fuerza Física

Todas las horas tienen nombres pintorescos y evocadores; la hora del *Conejo*, del *Dragón*, del *Gallo*, del *Yabali*.

LA FUERZA FÍSICA

Los japoneses siempre han tenido una gran admiración por la fuerza física. La ciencia de la lucha no ha sido adquirida sino á costa de grandes esfuerzos. Los maestros de armas eran viejos guerreros que no conocían la ternura y en la primera lección dejaban al novicio agotado, casi inerte. Al día siguiente comenzaba de nuevo, y, ayudado por el profesor, soportaba, pronto y sin esfuerzos, estos rudos ejercicios que hacían de él un luchador de mérito, igualmente insensible al cansancio y al dolor. Tal educación era preciosa en este pueblo belicoso, cuyo ejército, constituido con estas unidades, resultaba invencible. Los antiguos combates de atletas se conservan todavía en esta nación marcial, que no ha degenerado, como lo prueba la última guerra. Estos juegos se verifican en una especie de anfiteatro que se llama *E-Ko-Ine* y está situado en el recinto del templo del “Feliz Regreso” cerca del puente de las “Dos Comarcas.”

La liza circular no está separada de la calle sino por esterillas suspendidas de unas estacas. Hay dos galerías de localidades á las que dan acceso escaleras que siempre están llenas de gente. Los pobres que no pueden aspirar á las tribunas, permanecen en pie,

El Japón

apoyados en el borde de la barraca ó, sencillamente, toman el suelo por asiento.

El campo de lucha está cubierto de arena fina y los límites se señalan con sacos de tierra. Los atletas, grandes y gruesos, verdaderos gigantes comparados con los otros japoneses, van vestidos únicamente con un delantal á listas, ricamente bordado.

El espectáculo dura desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde. Los combatientes despliegan sucesivamente una fuerza, una habilidad y una resistencia, que arrancan grandes salvas de aplausos de la multitud que les contempla admirada.

LA LEY

Antiguamente las leyes eran tan especiales, por lo menos, como los delitos. Muy severas, por regla general, tenían también extrañas indulgencias, sobre todo cuando los culpables eran ancianos, mujeres, impedidos ó astrónomos, para los cuales el Código recomendaba la clemencia.

Pero, por ejemplo, si un astrónomo, tan paternalmente protegido por la ley, se propusiera desnaturalizar los decretos escritos por los astros en el cielo y hacer falsos pronósticos, era castigado cruelmente.

Allí no había compañías de seguros contra incendios y cuando las casas de madera ardían como cerillas, la ley era terrible para los incendiarios y hasta para los incendiados. Se daba sesenta palos al que involun-

La Ley

tariamente prendía fuego á su casa, estrangulándosele si el incendio se comunicaba á un edificio que perteneciese á la familia imperial. Este procedimiento enseñaba á ser prudente.

Hoy, resultados tan bárbaros provienen de la aplicación de las leyes modernas á crímenes legendarios, que, antes, acaso hubieren merecido elogios.

He aquí un acto de heroísmo del cual se han hecho eco nuestros periódicos y que para nosotros, no es, ni más ni menos, que un crimen ; pero es un crimen muy japonés.

Un pobre y cándido aldeano, llamado Kono-Guihei, refería sus penas á unos amigos :

— Mi anciana madre padece de la vista y no se puede curar, está ya casi ciega. He puesto todos los medios para curarla y no lo he conseguido. No tiene remedio, y me mata la pena.

— ¿ Cómo puedes decir eso ? — exclamó un labrador que lo quería saber todo. — Hay un remedio infalible. Ciertamente que es muy difícil de emplear y hasta peligroso ; pero nada hay imposible para la piedad de un hijo.

— Estoy dispuesto á todo — respondió Kono-Guihei — ¿ En qué consiste el remedio ?

— En darle de comer á tu madre hígado humano.

El joven aldeano no dudó un momento. Por él ya estaría curada su madre, pero, ¿ donde procurarse un hígado humano, sin perjudicar á algun extraño ? ¿ Matarse él mismo ? Esta idea le hizo pensar, pero

El Japón

comprendió después que no debía hacerlo porque, sin su apoyo, su familia quedaría reducida á la miseria. ¿Qué hacer? ¡Magnífico! Matar á su hija, á su linda y pequeña Matsoué. El desgraciado cogió un cuchillo para matar á su niña, pero su amor filial era tan grande como su amor paternal. Dudó un instante, mas estaba decidido y en el momento en que iba á herir á su hija apareció su mujer Sougni inquieta por las extrañas manipulaciones de su marido.

Éste se lo contó todo.

— Á mí es á quién debes matar — dijo Sougni — Sería feliz si mi muerte diera la vida á tu madre.

Este acto ¿no es sencillamente sublime?

El marido, encontrando la decisión de su mujer muy natural, porque estaba de acuerdo con la tradición y con la raza, no le hizo la menor objeción, y, atando una cuerda al cuello de su mujer para estrangularla, empezó á tirar de una punta y ella para ayudarle, tiraba de la otra.

Cuando estuvo muerta cogió el marido el cuchillo y hundiéndolo en el abdomen de su esposa, le sacó el hígado; después encendió fuego y lo coció en una cacerola.

¡Por fin iba á curarse su anciana madre! Pero no, no; no probaría el infalible remedio. La nueva generación fué en busca de la policía la cual cogió á Kono-Guihei en flagrante delito.

Sacrificóse la pobre Sougni para nada; los ojos de su madre política continuaron enfermos y al asesino le

La Ley

condenaron á nueve años de prisión, dejando á su hija y á su madre sin el arroz diario.

Esta detención, aunque se le aprecien todas las circunstancias atenuantes, no parece ser de la misma época que este delito de un candor y de una abnegación admirables.

La ley es del siglo XIX: el delito, de los tiempos primitivos.

Con gran frecuencia suelen darse casos de semejante desacuerdo en un país de tan reciente civilización, cuyas costumbres no pueden seguir la marcha acelerada del progreso.

La absurda abnegación de Sougni no tiene nada de rara. No se acabaría nunca de citar nombres de mujeres japonesas que han sacrificado su vida por motivos extraños, desde el punto de vista de nuestra civilización.

Es casi clásico, por ejemplo, ahorcarse á la puerta de la casa de un magistrado que ha juzgado inicuaamente y aprehendido á algún pariente, para obligarle á revisar el proceso. Por la mañana, al salir de su casa, se encuentra con el cadáver todavía caliente, cuya cintura está erizada de rollos de papel que contienen súplicas las cuales hablarán al juez por boca que permanecerá siempre muda.

Para ayudar á vivir á su familia, era corriente sufrir una pena en lugar de un condenado; y hasta se hacían pujas decrecientes para ver quién lo hacía más barato.

Por diez sueldos, un ladrón endosaba á un inocente

El Japón

los cuarenta palos que debía recibir. Y, lo que es más cruel aún, hasta bajo el acero del verdugo se continuaba este tráfico; por trescientas pesetas poco más ó menos, uno podía conservar su cabeza y hacer que otra rodara por tierra.

Esto lo sabía el pobre Kono-Guilhei cuando suplicaba á sus jueces que sustituyesen los nueve años de prisión que iban á privar á su madre y á su hija de su trabajo, por las más horribles torturas, con tal que duraran menos de nueve años. Con gran pena, por su parte, no se accedió á sus descos y nunca se le pudo hacer comprender que la tortura está abolida en el Japón.

¿Qué fué de la infortunada víctima que tan generosamente dió su vida para curar á su madre política? Su sombra, llorosa y desolada, vaga seguramente alrededor de su esposo cautivo y tal vez se aparezca también á los severos magistrados que tan cruelmente juzgaron su muerte voluntaria, porque cuenta la tradición que las sombras de los muertos descontentos se aparecen para pedir justicia.

LAS FIESTAS

Á los japoneses les gusta divertirse y cualquier pretexto es bueno para celebrar fiestas. En primer lugar figuran las de Año Nuevo, en las que se confunde todo el pueblo. Señores y aldeanos, damas nobles y burguesas chapotean en la nieve buscando motivos para divertirse. Terminan después de un mes con la



LA FIESTA DE LAS LINTERNAS

Las Fiestas

“Fiesta de los Aprendices.” Se decora las casas con pinos, cangrejos (símbolo de una larga vida) y naranjas, y se cambian regalos. La víspera de San Silvestre se celebra, como entre nosotros, y al amanecer, al son de *gonges* y de campanas, se desean el feliz año nuevo.

En marzo, había aún la “fiesta de las Niñas ó de las Muñecas” y en mayo la de “los Muchachos.” Para esta fiesta todas las familias ponían sobre el tejado de su casa tantos peces de papel como chicos había en la familia. En julio se celebraba la “Fiesta de los primeros calores,” en octubre la de “Ebisu” dios de la Felicidad. Pero sin duda, la más curiosa es la “Fiesta de la Noche” y una de las más encantadoras la de las “Linternas.”

En todas partes, grandes linternas policromas que adornan las casas, arrojan chorros de luz que hacen brillar los bordados y las ricas telas de los vestidos de los transeuntes. En la parte superior de largos tallos de bambúes, alineados á cada lado de la calle, están suspendidos, ora finas banderas de seda ó de papel, ora flecos, plumeros etc. Los peces de paja barnizados de laca, atados por las branquias, se balancean en lo alto de un mástil. Largas banderas flotantes enseñan ú ocultan, según los caprichos del viento, armas, flores, animales fantásticos, bordados en sus pliegues, ó bien inmóviles y tendidos en cañas de bambú se ve grotescos personajes : dioses, soberanos, guerreros ilustres, ó también escritas en caracteres de oro se puede leer, sentencias, sátiras, versos célebres

El Japón

etc. Los mercaderes de objetos de arte, de bronce y esmaltes etc., mezclan con sus elegantes mercancías, armas raras y cascos que parecen de gigantescos insectos.

Á cada instante pasan jóvenes que llevan al hombro un gran sable de madera recubierta de laca. De trecho en trecho largas espadas de raras curvaturas se clavan en el suelo; parecen de cartón cubierto de papel de estaño y forradas de una manera rara. Estas espadas, á las que los niños saludan al pasar, representan el arma de *Sioki*, el héroe querido del pueblo, cuya imagen se venera en todas las actitudes, sobre millares de estandartes.

El ruido de los pasos de los numerosos transeuntes, es un runrunco continuo semejante al de una cascada, y por todas partes se oye las risas y los cantos reveladores del tumulto alegre de la multitud.

LOS JARDINES

Los jardines son lugares fantásticos, cuyo aspecto no difiere mucho del de los europeos; pero en los japoneses la ciencia de los colores es de un refinamiento tan extraordinario que constituye una fuente de delicias para los ojos.

Vemos árboles magníficos, cedros, palmeras y bambúes y, de pronto, las mismas plantas en miniatura; cedros, pinos y palmeras, pero que cabrían en un vaso, al lado de los árboles frutales que en la primavera se

Los Jardines

cubren de nieve blanca y rosada : limoneros, melocotoneros, cerezos, y el ciruelo que florece hasta en el invierno y embalsama el aire con sus perfumes suaves y penetrantes. Por todas partes se ve adormideras, peonías, camelias y crisantemos, anchos como platos. Apenas bastan los ojos para contemplar este gracioso exceso de matices, y la vista vaga, embriagada, desde los ricos jardines á los frescos lagos donde se extienden los delicados lotos y hacia los cuales se inclinan los frágiles tallos de los iris para contemplar en el agua sus anchas flores amarillas y violetas. Más allá, al final de una avenida, se destacan entre los árboles los perfiles de una casita. Es un pabellón de poesía. Por la ventana, encuadrada en glicinas, la vista se extiende á lo lejos ; cerca, serpentea un arroyo. A aquella casita viene á descansar, después de la comida, su dueño, y allí sueña, hace versos ó toca música. El pabelloncito, siempre está adornado con elegancia, pero con sobriedad. Algunas esterillas, un árbol enano en un gran búcaro, una tetera, varias pipas, unos cuantos pinceles y algún que otro libro componen todo el mobiliaje.

Á los japoneses les gusta adornar el interior de sus casas con las flores de sus jardines, y sus decoraciones florales son de un gusto perfecto, sin que obedezcan al capricho del instante. Reunir las flores en un ramillete, es una verdadera ciencia que no se adquiere sino luego de minuciosos estudios. En primer lugar cada flor tiene una significación especial y es preciso que una composición floral exprese un sentimiento determinado

El Japón

sin violentar la naturaleza. Por otra parte hay que dar á cada planta su forma y su tendencia y por último evitar que los tallos estén entrecruzados ó paralelos, que no contrasten mucho los colores, etc. Este refinamiento es de tan deliciosos resultados que no nos podemos dar cuenta de él ni aún contemplando las obras de los pintores sobre los *kakemonos* delicados que hay en los museos.

EL ARTE

BRONCES, LACAS, MARFILES, PORCELANAS

Hay que ir á visitar uno de los más importantes almacenes de la hermosa y pintoresca calle de Mouro-mati, de Tokio, para darse cuenta de la maravillosa habilidad, del gusto y del ingenio que pone el artista japonés en la fabricación de los encantadores muñequitos que crea con inagotable fantasía.

Desde que se entra en el almacén se queda uno asombrado, sin saber adonde dirigir la mirada ; todo está lleno de mil objetos de una gracia tan imprevista, como de una originalidad espiritual y exquisita. ¿ Es este cofrecito de marfil trenzado, que imita la paja, y coloreado con una infusión de te y de clavo y cuyo perfume se percibe aún ? Esta caja semeja un ratón blanco, encerrado, sin duda, en el cofrecito que ya tiene roído y va á escaparse ; su menudo cuerpo se desliza por la abertura ; pero no está aún completamente libre. Si abris la caja, veréis sus patitas y su larga cola del otro lado de la tapa. ¿ Preferís que

El Arte

aparezca un rincón de playa sobre una tabla de morera, con sus cangrejos, sus hierbas y sus caracoles y conchas marinas, ó ramas de oro cargadas de pájaros, atravesando las lomas, grullas de marfil volando sobre un lago de nácar, rodeado de rosas de plata, sobre las puertas de un aparador, ó bien el ligero cuarto creciente que aparece detrás de los pinos desmelenados, ó esta luna de metal que sale de una nube y forma el espejo de un estuche de tocador ?

Es imposible estudiarlo todo, porque el más pequeño objeto llama nuestra atención.

He aquí un trabajo que, para los inteligentes, es una verdadera obra maestra ; representa una pantalla donde aparecen dos haces de paja de arroz, suspendidos de una pértiga y una bandada de gorriones que busca su nido. Los pájaros son del mismo tono que las espigas entre las cuales se ocultan tan bien que es preciso mirarlos muy de cerca y buscarlos mucho para descubrirlos, y, en esto consiste justamente el encanto de esta especie de laca en la cual los tonos de los objetos se funden uno en otro, cosa, según parece, de difícilísima ejecución. Un magnífico biombo despliega sus hojas cerca de dicho objeto.

El motivo ornamental que escogió el artista es muy decorativo : la masa espesa y florecida de una selva. Sobre el fondo negro de la laca, todas las hierbas que nacen al azar en un terreno inculto, se enlazan y se entrecruzan en la más encantadora confusión y entre el follaje de color esmeralda, de ajenjo, de oro quemado,

El Japón

estallan los tonos claros de las hojas de porcelana, las alas brillantes de los insectos, de las mariposas que pueblan esta pequeña selva que ha retoñado al pie de la grande. Sobre un platillo hay figuras, en relieve, de preciosos frutos, desconocidos en Europa y que, en japonés, se llaman *Bua*.

Un vaso barnizado con laca imita el bronce antiguo tan maravillosamente que es preciso tocarlo para convencerse de la imitación; hay también pantallas, platillos, cofrecitos que atraen igualmente la atención, pero encontraremos, sobre todo, la laca empleada con toda clase de materias, tales como el nácar, el marfil, la madera y la porcelana. He aquí, por ejemplo, una pantalla de madera del Japón sobre la cual se ve un vaso de laca que contiene flores de nácar y de marfil; el borde de esta pantalla parece que está hecho con paja de arroz, pero son láminas de marfil, extraordinariamente delgadas y entrelazadas de modo que imitan perfectamente á la paja. Sobre un biombo de madera, encuadrado en laca, hay personajes de porcelana; el pantalón, á rayas blancas y azules, de uno de ellos, diríase de seda. Los japoneses son muy aficionados á estas transposiciones engañosas, pues no se puede reconocer á primera vista de qué materia están hechos sus deliciosos muñequitos.

Hemos visto la laca que imita el bronce, el marfil ó la paja. Después veremos la porcelana imitando el hierro oxidado y he aquí una pantalla donde la seda imita la pluma con raro acierto. Al principio no se

El Arte

presta gran atención á estos dos pavos reales posados en la rama de un melocotonero en flor y que parecen formados con las plumas de los lindos pájaros que representan ; pero cuando se ve que el suntuoso plumaje es artificial y que la seda, diversamente teñida, proviene de la mano del hombre que imita á la inimitable naturaleza, no se puede contener una exclamación de sorpresa.

La sala donde están los muebles es riquísima en maravillas. Son de una rareza rebuscada pero elegantísima é interesante como objetos de arte. He aquí sobre los batientes de un aparador toda una familia de currucas que han hecho su nido en el hueco de un árbol ; los pajarillos baten sus alas, esponjan sus plumas y riñen con deliciosos movimientos que tan bien saben reproducir los pintores japoneses. Alrededor de ellos abundan las flores de nácar pintadas y hojas de marfil.

Un anciano de aspecto chinesco está esculpido con gran delicadeza en uno de los paineles de un armario de roble. Está sentado, con las piernas cruzadas y parece escuchar gravemente las oraciones que suben ó bajan hacia él. Este majestuoso personaje no es sino el dios de los infiernos. Sobre el otro painel una joven arrodillada parece invocar, en efecto, á la sombría divinidad. Esta bella personita con su rostro de marfil, sus vestidos de laca y de metal, fué una célebre mundana que llevaba el armonioso nombre de Itgocondeion, y que cansada de su vida miserable, ya arrepentida,

El Japón

arroja lejos de sí las pompas de Satán y se convierte en sacerdotisa. Está muy graciosa en su dolor, con sus largos cabellos esparcidos y su actitud atribulada en medio de sus bellas vestiduras acaso un poco mundanas aún. Cerca de ella, fuera de un lindo vaso con esmaltes separados, se abren unas peonías de porcelana. He aquí un armario de los más originales, con sus dos puertas de muy diversa ornamentación ; una muestra sencillamente la madera tallada en bajorrelieve y la otra está adornada con diversas materias brillantemente coloreadas.

Un segundo armario, tallado en una especie de roble perfumado, está decorado con un búfalo de laca que se muestra de medio cuerpo, una rueda rota y un personaje vestido de nácar y corriendo á todo correr. Estos elementos, de una significación incomprensible para los europeos, bastan para recordar á los japoneses las aventuras de un antiguo soberano cuyo carro se atascó en un río y al que un búfalo, desuncido rápidamente de una carreta, sacó del atolladero.

En el fondo de un gran plato de madera de Ke-a-ki se ha esculpido un bello paisaje en el cual vagan algunas figuras. Más lejos se ve, en una pantalla de pino viejo, una escena de la vida íntima de un personaje, célebre bajo otros climas: es un escritor chino llamado en su patria Ouan-I-Tchi y en el Japón O-Gui-Si ; está sentado detrás de una mesa escribiendo un pasaje famoso de sus obras. A algunos pasos de él, sus hijos vierten la tinta sobre el escritorio mientras



El Arte

que en un rincón otros pequeñines tienden una escudilla llena de comida á dos polluelos de oca.

Todos los personajes son de porcelana, pintados con extraordinaria delicadeza ; los dos volátiles, sobre todo, son sorprendentes por la sensación de vida y de verdad que dan.

He aquí, por último, un magnífico biombo que vale, á lo que parece, cincuenta mil pesetas. Es una obra de arte de gran lujo. La descripción no puede dar idea de ella ; flores de nácar y de cobre, cada una de cuyas hojas parece temblar al viento, frágiles cañas entrelazadas, racimos de glicina, peonías deslumbrantes se destacan sobre el fondo sombrío de la laca. Esto es todo ; pero es preciso ver la amplitud soberbia del dibujo, la delicadeza del cincelado, la dulce armonía de los colores, para comprender toda la belleza de esta obra incomparable.

Las porcelanas más bellas provienen de la manufactura de Arita. Es difícil ver una obra más acabada, más perfecta, más fina, más elegante que esta pieza trabajada con un cuidado superior á toda ponderación. Es un pebetero pequeñito compuesto de un vaso cilíndrico, colocado en otro sobre el cual descansa la tapadera. El vaso interior es sencillamente de barro, de un blanco dulce como la médula de las cañas ; el color hubiera empastado los contornos perjudicando en cierto modo la excesiva delicadeza de las figuras de la ornamentación, que consiste en un ligero bajo relieve esculpido con exquisita fineza.

El Japón

Son músicos celestes, mujeres *Kamis* que tocan la flauta, deslizando sus dedos por el *semsim* ó golpeando el tambor sagrado, mientras que sus hermanas, con una gracia adorable, inician delicadamente no se sabe qué danza mística, y, sus cuerpos esbeltos, extienden los brazos, vuelven la cabeza, en medio de los pliegues finos de sus gasas agitadas por el viento. El segundo vaso, en el cual desaparece el primero, está formado por un grupo de nubecillas azuladas que ocultan, bajo el velo que les conviene, á las diosas danzarinas. El botón de la tapadera es un pequeño elefante, también de porcelana en bruto, ornamentado con extraordinaria minuciosidad.

La cocción de estas porcelanas, algunas de cuyas partes se secan al sol, es extremadamente delicada y difícil de conseguir ; el pebetero de que se trata es también, desde cualquier punto de vista, un objeto de los más raros.

Entre las obras del mismo género, hemos visto una jardinera de cuyas asas, recortadas en forma de olas, surge el *Ki-Lin*, animal fabuloso, especie de unicornio marino que se presenta, según parece, cuando el emperador gobierna con acierto.

La elección entre todos estos objetos de casi el mismo mérito es muy difícil y no se sabe si escoger este vasito en forma de cuerno, ligero, transparente, sonoro como una campanilla, adornado con flores de cerezo, cortejado por algunas mariposas, ó aquel gran plato en cuyo fondo unos dragones, en relieve, se persiguen entre

Fabricación de la Laca

olas doradas, ó bien ciertos vasos piriformes, de una pasta muy fina, adornados con leones que riñen y una cadena de porcelana unida á las asas, cayendo en forma de guirnalda sobre los lados.

Aquellas son las piezas más importantes, pero mil cosas más merecen la atención, entre ellas una pareja de vasos, de casi dos metros de altura, de la clase de porcelana conocida en el Japón con el nombre de *Someniski*, cuya decoración es azul sobre fondo blanco. (las otras clases de porcelanas se designan, en general, con el nombre de *Nisikidi*), unos grandes búcaros de forma alanceada y graciosa, son una construcción sin defectos y de una perfecta cocción. Un ancho plato, también de porcelana *Someniski* es más curioso aún; en él están reunidos todos los pescados que se sirven en las mesas japonesas y entre ellos el *fai* cuya carne es muy estimada, pagándose por ella precios muy elevados y que forma parte de los regalos de boda. Algunos de éstos pescados, reunidos en el fondo del plato, están coloreados de rojo y es, según parece, la primera vez que se obtiene éxito en un decorado de otro tono sobre el conjunto monocromo de la porcelana llamada *Someniski*.

FABRICACIÓN DE LA LACA

En la China y en el Japón es donde se fabrica la laca más perfectamente. Difícilmente se puede dar una idea del trabajo, de la habilidad, de la paciencia desple-

El Japón

gados por el artesano japonés, para llegar á fabricar una laca tan perfecta. El barniz es extraordinariamente corrosivo y es preciso usarlo con grandes precauciones. Es el producto resinoso de un arbusto llamado en el Japón *Ourousi-no-Ki* y en China el árbol *Tsi*. Esta resina líquida se recoge en unas cazoleas colocadas por debajo de las incisiones que se hace en los árboles á diversas alturas; el precioso licor corre durante la noche, pero en tan pequeña cantidad que cada mil árboles dan diez y ocho ó veinte libras de laca.

No existen menos de cien clases de laca, aparte de las clases corrientes. Se barniza con ella en diferentes tejidos cuyos dibujos se ven á través del barniz transparente, en tules traídos de Europa, lo que le da el aspecto de piel de serpiente; se imita la corteza del pino, el bambú, la paja natural, plateada ó dorada, se tiñe el nácar con reflejos glaucos ó purpúreos; se espolvorea de polvo de oro ó de plata que centellea sobre un fondo de todos los matices; después vienen las lacas negras, verdes, oscuras, escarlatas, castañas, todas de una finura y pureza admirables.

Cuando el objeto que se va á barnizar ha recibido tres manos de una substancia compuesta de cal, papel cocido y goma, y están secas, se rascan con una piedra plana y dura ó con un pulidor de bambú, se mezcla el barniz en una paleta de cobre, frotando muy lenta é igualmente con la materia colorante; después se le dan, por lo menos, cinco manos diferentes y se le deja

Fabricación de la Laca

secar pulimentándolo después con la piedra ó el bambú. Únicamente gracias á tan minucioso trabajo, la laca puede resultar buena ; luego se hace la decoración, y cuando está bien seca, se pone, por encima, el oro, la plata y el color de la pintura ; se vuelve á barnizar varias veces pulimentando después el barniz.

Las figuras, hechas con nácar de perlas se ejecutan con láminas de nácar muy delgadas, talladas y coloreadas por debajo.

Como el resto, están recubiertas de tres capas de barniz transparente que les da un magnífico brillo. Para las lacas comunes, se substituye generalmente la esencia rara y costosa del *Ourosi-no-Ki*, por diferentes aceites fabricados con los granos de varias especies de euforbiáceas, á los cuales se le mezcla yeso, un poco de esencia de trementina y materias colorantes.

CUENTOS Y LEYENDAS



LA CALLE DE MUYUNMATE

LA CEREMONIA DEL TE

EN LA LEGACIÓN DEL JAPÓN EN PARÍS

UN día, mi muy llorado amigo Hitsonda Komiozi, agregado entonces á la legación japonesa de París, vino á verme :

— Es preciso que conozca usted la ceremonia del te — me dijo.

— ¿ La ceremonia del te ?

— Sí, es muy importante. No completaría usted su educación japonesa si dejara usted de conocerla.

— Confieso humildemente que la ignoro y tengo gran impaciencia por presenciarla.

— ¡ Ah ! — exclamó paseándose de un extremo á otro de la habitación — es extraordinariamente complicada ; necesita muchos preparativos y no pocos objetos, algunos de gran valor. En ciertas colecciones hay figuritas de estas que han costado centenares de miles de francos.

— ¡ Cáspita !

— Simplificaremos — agregó riéndose. — Pero de todos modos, se necesitan algunos preparativos.

— En fin ¿ qué es ? ¿ una procesión ?

El Japón

— No es eso precisamente. No se necesita mucha gente para hacer la ceremonia ; bastan tres y este es el mejor número ; lo esencial es la tranquilidad y el recogimiento.

— ¿ Se trata entonces de algún rito religioso ?

— Así se cree algunas veces ; pero es un error. No hay nada de religioso en esta práctica ; sin embargo, un *bonzo* budhista llamado *Shuko*, de acuerdo con el *shogoun Yoshi-Massa*, fijó las reglas en el siglo XV.

— ¿ Entonces no es muy antigua ?

— Ya á principios del siglo IX, se hacía la ceremonia del te. Pero la primera bebida se sirvió tan sólo á la Corte. El te no se ha aclimatado y vulgarizado decididamente en el Japón sino hasta más tarde. Nos lo trajeron de China, donde es objeto de una especie de veneración ; algo análogo, quizás, á la que en otro tiempo inspiraba á ustedes “ el zumo de la uva.”

“ Existe en China un rito del te que data del siglo VIII. Los poetas cantan la bebida bienhechora en todos los metros y en todos los tonos. Dicen que es preciso beber siete tazas : “ La primera no hace más que perfumar la boca y rociar la garganta ; la segunda consuela las tristezas de la soledad y de la melancolía ; á la tercera, el espíritu vibra, el corazón se anima y se siente uno capaz de grandes esfuerzos ; la cuarta hace subir á la piel un vapor que se esfuma llevándose todas las melancolías ; la quinta purifica los huesos y la carne ; la sexta hace que el bebedor se parezca á los genios inmortales y, al beber la séptima,

La Ceremonia del Te

una brisa acaricia vuestros brazos, elevándoos, transportándoos en sus alas. . . . Á medida que el precioso arbolito fué prosperando en nuestra nación, el mismo entusiasmo se ha desarrollado concediéndose siempre una gran importancia al cultivo, conservación y preparación del te.

“Durante las largas y violentas guerras civiles que turbaron al Japón en el siglo XV, se modificaron las costumbres; el espíritu soldadesco, la rudeza, la brutalidad reinaban por doquier. Se pretendió introducir en los campos el uso de la *Tcha-no-you*, ceremonia del te (literalmente: “el agua del te”) á fin de restablecer en las relaciones entre los hombres, la dulzura, la urbanidad y la delicadeza de antes, y el éxito coronó el intento.

— ¿Cómo? ¿Por qué singular poder del agua del te, ella sólo bastó para reformar la educación del soldado grosero?

— Cuando lo haya visto usted, lo comprenderá — dijo Komiozi — Voy á ocuparme en los preparativos, y tomaremos hoy el te.

Pero ¡ah! circunstancias imprevistas llevaron á Tokio bruscamente á mi amigo Hitsonda Komiozi, de donde no volvió ya. La *Tcha-no-you* guardó para mí su secreto.

Mas ¡qué doble alegría, cuando, al final de una amable invitación para la reunión que celebraban los señores de Motono en honor de los japonizantes de París, leí estas palabras: “Ceremonia del te”!

El Japón

Al entrar en los salones, recibí una sorpresa agradable: el ministro estaba vestido con su traje nacional; el conde Hisamatsu, agregado militar, también lo vestía y todas las señoras japonesas lucían las delicadas prendas de su país. La señora Motono estaba peinada como las grandes damas de otro tiempo; su magnífica cabellera, partida en dos, se deslizaba á lo largo de sus mejillas, — al estilo de un precursor de Botticelli, — y después, se reunían en un sola trenza, á lo largo de la espalda.

Mientras se esperaba á que llegasen todos los invitados, nos enseñaron, con un aparato de proyecciones, grandiosos paisajes del Japón, templos, fortalezas antiguas; después, el señor Tatsuké, segundo secretario, el más parisiense de los japoneses de París, pronunció, en un francés elegante y con perfecto acento, un discurso histórico acerca del te y de la *Tcha-no-you*. Fué muy aplaudido.

Nos dijo que la ceremonia del te, aún en moda en nuestros días, tuvo sus fanáticos; el *skogoun Yoski-Massa*, del que hablaremos ahora, lo amó hasta tal punto que abdicó el poder en favor de su hijo para poderse consagrar por completo á su placer favorito. . . .

Acaba de disponerse una mesa cubierta con un tapiz de seda, sobre la cual se pone un pesado escalfador de bronce cincelado, de donde sale un poco de vapor; detrás de la mesa, una silla, y, cerca de aquélla, dando

La Ceremonia del Te

frente á los asistentes, cuatro sillas en línea recta. Los preparativos no son, pues, muy complicados.

En actitudes reservadas y modestas pero sin la menor timidez ni torpeza, cuatro damas chiquititas, entre ellas la condesa Hisamatsu y la señora Tatsuké, se sientan en estas sillas. Son los cuatro invitados al *Tcha-no-you*. Forman un cuadro encantador.

Por fin, se entreabre una puerta y aparece la señora Motono, la cual avanza lentamente por el salón. Lleva diversos objetos á los cuales mira atentamente. Bajo el brillo de sus hermosos cabellos, su pálido y encantador rostro tiene una expresión cautivadora. Es una visión exquisita, llena de lejanas evocaciones, de misterio, de ensueños.

Llega á la mesa y dispone, sobre ella, metódicamente los objetos que lleva; después se aleja de nuevo, y trae otros. Reina un profundo silencio.

Luego se sienta detrás de la mesa y se inclina saludando lentamente. Después, con tranquilo ademán, coge una taza, saca de su cintura un trapito de seda roja y muy sosegadamente limpia la vasija; lo repliega en seguida cuidadosamente y se sirve de él para levantar la tapadera caliente del escaldador.

Con una cucharilla de bambú de largo y frágil mango, coge un poco de agua y la vierte en la taza; es para sumergir en ella un objeto ligero que se parece al batidor para hacer huevos á la nieve, y que tiene un uso análogo; lo sacude á fin de vaciar el agua en una pilita de porcelana y enjuga la taza con un trapo blanco

El Japón

que retuerce y plega. Luego abre una cajita de laca negra que contiene te verde perfectamente pulverizado. Con una finísima espátula coge tres porciones y las arroja en la taza; estas tres veces la cucharilla de bambú vierte el agua hirviente en el polvo; entonces, con el batidor, espuma la mezcla silenciosamente.

La más joven de las invitadas se levanta, coge lentamente la taza y, saludando á una de sus compañeras, se la ofrece.

Luego, con la misma lentitud vuelve á hacer la misma operación con otra taza. . . .

¡ Y se acabó ! . . . ¿ Se acabó ? . . .

Pero al ver solamente aquel delicado trabajo, hecho por tan suaves, pálidas y pequeñas manos, con lentos y precisos ademanes, rimados como por una música muda, se comprende que aquello no es nada y es maravilloso. Se necesita un pueblo de un alma muy particular para haber concebido tal idea. Costumbres feroces desolan el imperio. Puños formidables, ensangrentados, no saben sino manejar la lanza y herir. ¿ Qué hacer para devolver la dulzura y la paz ? Confiarlas acaso á un objeto muy frágil que no deben romper, invitarles á un trabajo de extraordinaria delicadeza, convencerles de que es preciso realizarlo en el silencio y en el recogimiento. Y el éxito es seguro : los guerreros se someten al rito, cumplen la *Tcha-no-you*, se apasionan por ella. . . . No es ya Orfeo dominando á los leones con su canto, sino enseñándolos á cantar.

La Ceremonia del Te

Tales contrastes en las almas de los héroes, no se hallan, sin duda, sino en el Japón, donde abundan considerablemente. Se sabe que, durante la última guerra, se encontró sobre las humildes víctimas de la metralla, graciosos poemas, escritos á sus familias ó inspirados por una flor, por un rincón del paisaje entrevisto entre las espantosas humaredas de la pólvora ; poemas lo bastante numerosos para que se haya podido formar con ellos un precioso volumen, con este lindo título : “ Flores de cerezo.” . . .



UNA FIESTA EN LA CORTE DEL MIKADO

EN EL PALACIO DEL SURTIDOR DE AGUA

EN los primeros días de enero se celebraba en Tokio una de las tres grandes fiestas del Japón: “La fiesta de la poesía” que es acaso la más especial, la que más se parece á las costumbres antiguas, á las diversiones tradicionales de la corte del Mikado.

En esta época, se envía al palacio, desde todos los puntos del imperio, poemas compuestos acerca de un asunto determinado. El Gran Maestro de la Poesía — ¡oh dichoso país donde existe, oficialmente tal función! — elige entre todos los poemas y, el día de la fiesta, presenta al Emperador los que ha escogido.

El día 10 de enero, hay reunión extraordinaria en el Gocho (Palacio imperial). Hacia la mitad de la ciudad turbulenta y tumultuosa, más allá de una interminable muralla gris y baja, se extiende otra ciudad, un sitio encantador donde están diseminados los espaciosos pabellones que constituyen la residencia del Emperador y de su corte. Por fuera, no se ve sino muros sombríos, algunas torres angulosas, puertas celosamente guardadas por soldados modernos con fusil y bayoneta calada, y

El Japón

las copas de los viejos árboles que se asoman por encima de las murallas.

Este palacio fué construido por la familia de los Tokougavas, los shogounes que fundaron Yeddo, llamada hoy Tokio, la capital del Estado. Aun hoy se emplea los nombres antiguos para designar la residencia imperial: Tchiyoda ó Fonki-Hagué (Jardín del surtidor de agua).

Pocos son los privilegiados que han tenido la dicha de contemplar el maravilloso cuadro que encierran estas murallas grises que, después de franqueadas, parece que son como otras nuevas murallas. Entonces, una perspectiva de ensueño se ofrece á la vista, un paisaje delicioso en el cual las ramas sombrías de los cedros caen sobre el terciopelo claro del césped que se desvanece en lontananza. Sobre él brilla el inverosímil color carmesí de los arcos, donde las gigantes camelias escalan los árboles, cerca de los altos bambúes, de los matorrales de malvas y de arbustos delicados, con flecos como plumas. Por entre los árboles, la vista abraza grandes espacios, corrientes de agua, puentes ligeros de laca púrpura, franqueando límpidos estanques; luego se extienden los campos y los arrozales, que el mismo Emperador debe sembrar y cosechar, en persona, según el rito secular, y más lejos aún, en el horizonte, todo un fabuloso agrupamiento de colinas.

Algunas veces este maravilloso paisaje se envuelve en una ligera nieve que es una belleza más.

Una Fiesta en la Corte del Mikado

Menos son aún los que pueden penetrar en la sala del gran pabellón, donde bajo ricos tapices de crespón violeta blasonados con el gigantesco crisantemo simbólico, hollando la espesa alfombra roja de anchas flores, se reúnen los nobles invitados. Allí están todavía las magnificencias de este Japón feudal, que tantos ensueños nos evoca, y que no se ha visto ni se verá nunca. Los trajes espléndidos apenas han cambiado y si en el moblaje se ha aceptado algunas “mejoras” modernas, ha sido con la condición de que no pierda su característica.

El Emperador preside la reunión. A su izquierda se sienta la Emperatriz Haron-Ko, (que quiere decir Primavera,) rodeada de sus damitas de honor, y á la derecha y en pie, el príncipe heredero Yoshi-Hito quien tiene á su lado á su esposa, la princesa Sado-Ko que es la hija del príncipe Kondjo, el jefe de una de las casas nobles más antiguas del Japón y forma parte de la familia imperial.

Á los pies de la Emperatriz se agrupan las seis princesas de la sangre, la mayor de las cuales, Tsonne-No-Mya, no tiene sino diez y seis años.

El marqués Ito, presidente del Consejo privado, los ministros, los jefes militares y los altos funcionarios palatinos, están también presentes con sus familias.

A los compases de una música discreta colocada sobre un estrado distante, dan vueltas unas bailarinas extraordinarias, mientras cada asistente á la fiesta copia en su abanico blanco el poema que ha compuesto.

El Japón

El asunto propuesto en el último concurso era : “ La flor del ciruelo en el año nuevo ” y la justa fué brillantísima.

Pero ¿ cómo expresar en español estos delicados poemas cuyo encanto es más frágil que el ala de una libélula ? La musa japonesa calza un coturno más estrecho aún que el más pequeño zapatito chino. El molde casi único, en el que hay que vaciar el pensamiento, obliga á una terrible concisión : el conjunto no tiene más que cinco versos que forman, en total, treinta y un pies. Traducido, en prosa, se desvanece todo su encanto.

He aquí la traducción de los versos del Emperador, traducción que no puede dar sino una idea pálida de su belleza :

*El año despunta obscuro,
la nieve vela la aurora,
El cielo, vuelve á ser azul,
porque el ciruelo acaba de florecer,
Y su dulce perfume lo implora.*

La emperatriz Harou-Ko, que tiene reputación de ser una poetisa incomparable, trató del modo siguiente, el tema propuesto :

*En el parque todo blanco
de Tchiyoda, ¿ qué es lo que
el primer día del año
sonríe desde el alba triste ?
Es la flor del ciruelo rosa.*

Una Fiesta en la Corte del Mikado

En los días de fiebre y de inquietud que atravesaba el Japón, apenas estaba dispuesto el Emperador para tomar parte en los regocijos y en las fiestas. Es el espíritu más iluminado, el más serio que se que se ha aplicado por encima de todo para justificar el título del reinado Meidgi: "Gobierno luminoso." Ha abolido muchas fiestas que interrumpían el trabajo y entorpecían la marcha de la nación nipona hacia el progreso y no ha conservado más que tres: la del 10 de enero, la "fiesta de la poesía"; la conmemoración del advenimiento del primer emperador del Japón y la de la proclamación de la nueva constitución que se hace coincidir con la fecha ilustre del 11 de febrero, la cual se celebra sin interrupción desde hace 2500 años, y la tercera es el aniversario del nacimiento del actual Emperador, el 3 de noviembre, que es la fiesta nacional.

Hoy, los soberanos se dejan ver en los sitios públicos. Salen en coche escoltados por una guardia de á caballo. El Emperador viste siempre á la europea, con uniforme de general ó de almirante. Es un hombre de mediana estatura, de hermosa frente pensativa y rostro simpático cuya expresión revela energía y bondad. Es justo, clemente y bienhechor, ama á su pueblo por encima de todas las cosas y sólo se preocupa de la felicidad de sus súbditos. Con audacia y prudencia guía y retiene en la nueva vía á esta ardiente nación, tan apasionada por el progreso, y que con tan sincero entusiasmo ha tendido la mano á las naciones de raza blanca de las cuales es, hoy día, aliada.

El Japón

El Japón tiene razones para estar reconocido á nuestra civilización ; le debe mucho, en efecto, pero no todo. El secreto de su fuerza, de la potencia militar que ha adquirido en tan poco tiempo, la debe al *Bushido*. Esta es una palabra que siempre ha tenido para los japoneses, un sentido sagrado ; significa “espíritu caballeresco.” Solos, en el Extremo-Oriente, más bien desdeñosos de los combates, los hijos del Sol naciente siempre han estado inflamados de ardor guerrero, ya sea bajo una coraza de cuerno, con lanza y flechas, ya vestidos con el uniforme de infantería y armados del fusil Remington, pelean siempre con indomable valor é irresistible ímpetu.

Ante la larga serie de héroes que los contempla, la misma llama belicosa arde en su alma y el mismo fanatismo patriótico les domina.

Otro sentimiento reúne aún en un solo haz, imposible de romper, á toda la nación, y es el profundo afecto que tienen á la familia imperial. Desde el más elevado personaje hasta el aldeano más humilde, todos tienen el mismo respeto, la misma sumisión. No hay una sóla voz discordante en todo este pueblo que tiene, para su soberano, un solo corazón y un solo amor.

¿ No es esta una situación única, una fuerza sin semejante ? Esta es la que hace casi invencible al emperador Moutsu-Hito, el descendiente de Zimmou, fundador, en el año 660 antes de nuestra era, de la

Una Fiesta en la Corte del Mikado

dinastía que, según la fórmula oficial, reina en el Japón “desde el principio del tiempo, y siempre.”*

* Ya en prensa la presente edición española, se recibe la noticia de la muerte del Mikado, acaecida el 30 de julio de 1912 á las once y cuarenta y tres minutos (hora del Japón).

El Emperador Moutsu-Hito es de los pocos que han ejercido en su pueblo tan sana y poderosa influencia. Desde la edad de quince años en que subió al trono hasta que á los sesenta (nació en Kioto el 3 de noviembre de 1852) la diabetes y el mal de Bright lo llevaron á la tumba, no dejó de luchar en pro de la cultura del pueblo nipón que parecía estancado en el siglo XIII y que en menos de cuarenta años ha entrado en el concierto mundial, habiendo dado á Europa, pruebas sangrientas de su poderío, en su reciente guerra con Rusia. (*N. del T.*)



EL PALACIO DEL SURTIADOR DE AGUA.

LA COLINA DE LA PRIMAVERA

UNO de los paseos favoritos de los habitantes de Tokio es el que conduce, bordeando la Colina de la Primavera, á la gloriosa sepultura de los cuarenta y siete Ronines.

En 1701, cuando reinaba el shogoun Ietsuna, se preparaba unas fiestas en honor de un enviado de Kioto. El subgobernador del Kozuke, Kira Yoshihide, recibe el título de Maestro de Ceremonias, con encargo de organizar las recepciones. Para ayudarle tiene un adjunto, Asano, señor de Ako. Pero ¡ ay ! no reina el acuerdo entre estos nobles dignatarios. Asano, provocado por su jefe, quien le injuria sin causa justificada, saca su sable y hiere al insultador, y por este motivo incurre en una sanción grave, porque está prohibido, bajo pena de muerte, sacar el sable en palacio. El daimio es condenado á hacer “Hara-Kiri,” es decir á suicidarse abriéndose el vientre con sus dos sables. Además se le confiscan los bienes y todos los *samurai* de su tribu, pierden su autoridad, y se convierten en ronines, quedando fuera de la ley.

Antes, la única preocupación de estos valientes, que no conocen el miedo, era la de vengar á su superior. En

El Japón

número de cuarenta y seis, se reúnen bajo la presidencia del Karo-Kuranosake, el subsecretario de Hacienda de la tribu. Como gente hábil, fingen una dispersión para alejar toda vigilancia.

El chambelán, espera, sin embargo, sufrir las represalias y durante mucho tiempo desconfía. Después, como pasa el tiempo sin que sus enemigos hagan un movimiento ofensivo, se desvanecen sus temores y se duerme con una engañosa seguridad; momento que aprovechan los conjurados.

Una noche de invierno Kuranosake reúne á los suyos. Una espesa capa de nieve apaga el ruido de sus pasos. Caminan silenciosamente envueltos en sus capas sombrías, con los rostros ocultos por antifaces. Llegan al palacio de Kozuke y escalan los muros. Una vez en él se desenmascaran, encienden sus antorchas y con formidables gritos se precipitan al asalto. Triunfan prontamente de la resistencia de sus adversarios; pero el chambelán está oculto en el almacén de carbón. Después de largas pesquisas le encuentran y le quieren obligar á hacer el “Hara-Kiri.” Se opone, y entonces los ronines, creciéndose ante su cobardía, le traspasan con su lanza, le cortan la cabeza y la llevan, como trofeo, á la tumba de Ako. Luego, se constituyen prisioneros. En suma, su acción es legítima, según las costumbres del país, y excita la admiración del pueblo que pide el perdón para los cuarenta y siete samurais. Pero como han atacado á un alto personaje, están condenados al suicidio, y al amanecer, se les lleva

La Colina de la Primavera

vestidos de blanco, al templo de Sengakugi en el cual se les da muerte con arreglo á los ritos establecidos.

Se les hace magníficos funerales y el pueblo conserva piadosamente el recuerdo de sus hazañas.

Para los japoneses, los cuarenta y siete ronines son la más perfecta expresión del samurai, cuyas virtudes deben ser: la fidelidad al jefe, la prudencia en el consejo, la audacia en el ataque y un profundo desprecio á la muerte.

El Mikado actual se ha hecho eco del sentimiento de todo un pueblo el día en que, para rehabilitarles en nombre de la autoridad, ha dispensado á estos bravos el honor póstumo de condecorarles con el Ramo de Oro que él mismo colgó en las tumbas de la Colina de la Primavera.

EL CASAMIENTO DE YAMATA

I

UNA mañana de la quinta luna de estos últimos veranos, una linda barca subía lentamente por el O-gava y salía de Tokio, la capital del Japón, que se llamaba Yeddo bajo el virreinado de los Taicounes.

Dirigían la embarcación dos bateleros en pie, uno en la proa y otro en la popa, quienes, de vez en cuando, cambiaban entre sí algunas palabras referentes al oficio, por encima de las cabezas de dos jóvenes que iban sentados en el fondo de la barca.

Uno de éstos, inclinado hacia el agua, hundía en ella uno de sus dedos, como si quisiera trazar una línea sobre la superficie del río; el otro, con las manos sobre la cabeza, miraba al cielo.

El aire era deliciosamente fresco; el sol, velado aún, parecía un rubí perdido entre muselinas, y nubes rosadas rodaban sobre el horizonte, como cojines de seda, rechazados por el brazo de un durmiente que despierta.

En las márgenes del río, la ciudad parecía un pueblo

El Japón

de vapores y el confuso rumor que surgía de ella se esfumaba en el alborozo matinal de los pájaros acuáticos congregados á miles en los grandes juncos y en los cañaverales.

De pronto, el joven que estaba tendido se levantó y, mirando á su compañero, se echó á reír. Este volvió la cabeza y se rió también.

— ¿ Qué te pasa, Boitoro ? — dijo.

— ¿ Y á ti, Miodjin ? — contestó el otro.

— ¿ Por qué te ries ?

— ¿ Por qué mi risa, como sauce que se inclina hacia el agua, ha encontrado un reflejo en tus labios ?

Miodjin bajó la cabeza, enrojeció un poco y mordió su abanico.

— Soy yo, pues, quien debe comenzar las confidencias — replicó Boitoro, á quien no sorprendió la confusión de su amigo.

— ¿ Qué confidencias ? — murmuró Miodjin.

— ¿ Por qué callar tanto tiempo ? — dijo Boitoro.— Desde hace un año nuestro secreto no ha salido de nuestros corazones, aunque éstos se escuchaban y se entendían. Nuestros actos hablaban en vez de nuestros labios, y, de común acuerdo, seguimos el mismo camino, sin saber donde vamos. En este momento ¿ por qué nos conduce esta barca fuera de la ciudad ?

— Porque hoy es el sexto día del mes, el día de la fiesta de las banderas y huimos de la multitud que invade la ciudad — respondió Miodjin riendo.

— ¿ Á dónde vamos ?

El Casamiento de Yamata

— Á la posada de los “Cañaverales florecidos” donde hay apacibles soledades y paisajes encantadores.

— ¿Y no esperas allí más que eso? — preguntó Boïtoro, con aire de incredulidad — ¿No piensas encontrar, como el año pasado, á la puerta de la posada, á dos jóvenes acompañadas por su madre, su hermano mayor y algunos criados? ¿No hace mucho tiempo que aguardas impacientemente este día, con la esperanza de ver de nuevo el puente barnizado de laca que se curva sobre el estanque, el cedro centenario que cobija á la posada y el rostro regocijado del posadero?

— ¿Por qué violentar estos dulces pensamientos? ¿Por qué recordarlos en pleno día, como aves nocturnas á las que daña la luz? Si desde hace un año estamos callados ¿por qué, pues, hablar hoy?

— Porque ya no somos niños, Miodjin, y hemos variado bastante. El grano hundido en la tierra oculta durante algún tiempo su misteriosa labor; pero después, sube el tallo y despliega su follaje; el amor es como una planta, y el que ha germinado en nuestro corazón no espera sino un rayo de sol, la cálida mirada que lo haga florecer. El año pasado no éramos sino dos jóvenes estudiantes, alegres y locos, y debíamos ocultar el sentimiento que abrigábamos, como los ladrones ocultan un tesoro robado; pero hoy han terminado nuestros estudios, somos libres y es preciso que obremos prontamente, sin esperar á que otros hayan conquistado el corazón de nuestras amadas.

El Japón

— Tienes razón, amigo mío — dijo Miodjin, un poco melancólicamente — haré lo que quieras.

En este momento dejaron de remar los barqueros.

— Miren el Fousi-Yama — dijo uno de ellos.

Calláronse los jóvenes y ambos se levantaron para admirar en el horizonte la soberbia montaña que, sin las brumas de la mañana, por encima de los arrozales, se elevaba majestuosamente, envuelta en su manto de nieve, á la que el sol arrancaba destellos dorados; entre las colinas aterciopeladas y verdes, ondulando á sus pies, parecía un príncipe en medio de los señores de su corte prosternados á sus plantas.

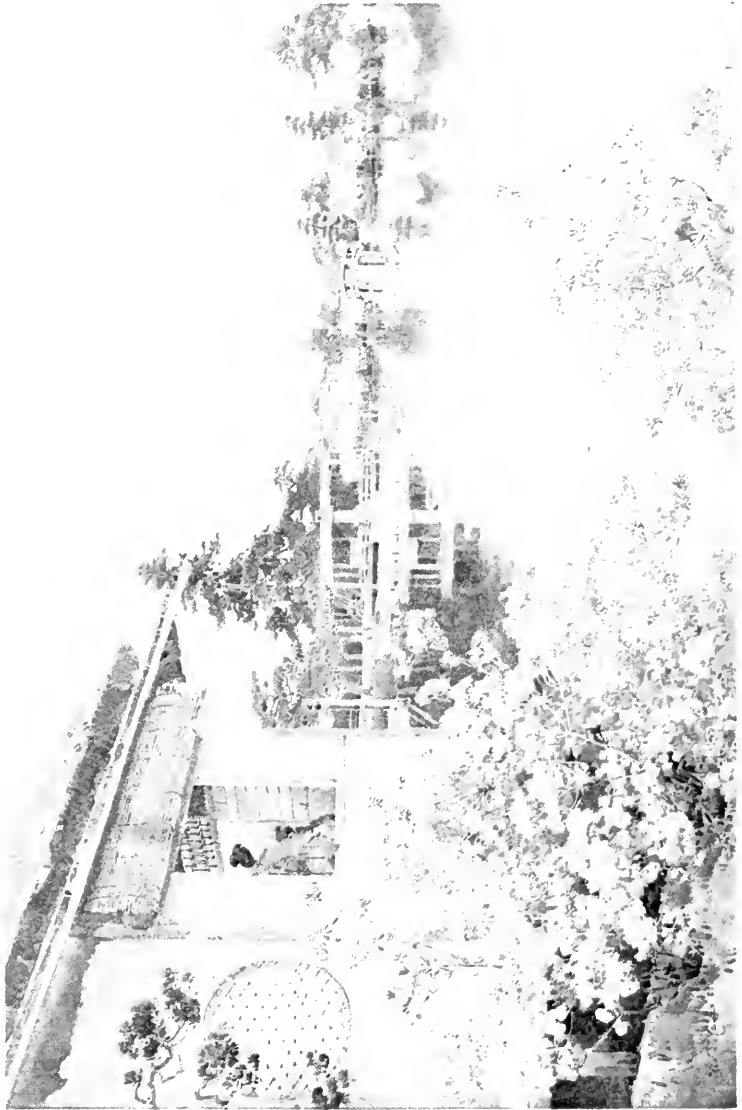
— Futen, el dios de los vientos, que vive en la cima del monte Fusi, ha soplado sobre las nubes que rodeaban su mansión — dijo Miodjin.

— Efectivamente — añadió Boitoto, colocándose la mano sobre los ojos á guisa de pantalla — la mañana está despejada y tendremos un poco de brisa todo el día, que nos permitirá soportar el calor, porque se distinguen los edificios de los bonzos.

Volvieron á remar los barqueros llegando al poco tiempo á una pequeña bahía, ensombrecida por una soberbia vejetación, ante la posada de los “ Cañaverales floridos.”

Los lirios, las flexibles cañas enlazándose como haces de mazorcas salpicados de flores en forma de estrella ó de crestas delicadas, como el plumón de un patito, sólo dejaban un estrecho camino á las barcas que conducían á los parroquianos á la posada. La habita-





EL PABELLÓN DE LAS MIL CAMPANITAS

El Casamiento de Yamata

ción no se veía sino á medias, bajo las largas ramas planas del cedro centenario que sobre ella se extendía, y á través de la espesura de las plantas trepadoras, enroscadas en sus delgados pilares de madera.

Á una voz de los remeros, una criada joven, vestida con un traje de algodón azul y tocada con un gran sombrero de paja de bambú, sostenido por un cordón que le pasaba por detrás de las orejas, salió de la casa. El posadero salió, á su vez, con el abanico en la mano, y saludó:

— ¡ Ah ! — exclamó — ¡ qué honor para mi posada recibir la visita de tan nobles señores !

Y, levantando un poco su túnica, se inclinó para amarrar á una estaca la cuerda de la barca.

Los jóvenes saltaron á tierra y entrando en la posada, se despojaron de sus sables y de sus pesados sombreros de laca negra, adornados únicamente con una mariposa ó una flor de oro. Después de haber bebido una taza de *sake* se perdieron en una avenida umbrosa.

— ¡ Si no vinieran ! — exclamó Boitoto.

— Estoy seguro de que vendrán — dijo Miodjin, con acento de profunda convicción.

Biototo miró á su amigo con aire sorprendido y curioso á la vez.

— Sí, estoy seguro de que vendrán — repitió Miodjin.

— Oí que una de ellas, que estaba cerca del pabellón de “ Las mil campanitas,” decía á su hermana: “ Cuando volvamos el año que viene, este joven pescador habrá crecido un *sasi*.” Sé hasta el nombre de la mayor : se llama Yamata.

El Japón

— ¿ La mayor ? ¿ la que yo amo ? — exclamó Boitoto — ¿ Sabías su nombre y no me lo has dicho ? Y el de tu bien amada, ¿ lo sabes también ?

— No — dijo Miodjin, quien de repente se había puesto pálido como la arena del sendero.

II

El pabellón de “ Las mil campanitas ” era un pequeño mirador que se alzaba en una de las márgenes del río en un claro del follaje. Se componía solamente de un techo, sostenido en cada ángulo por una vara de bambú ; el entarimado, bastante apolillado, estaba más alto que el terreno y era necesario dar una zancada para subir.

Del lado del río había una pequeña balaustrada. El pabellón no tenía ninguna campana que justificara su nombre, á no ser que se considerasen como tales, las plantas trepadoras que lo tomaban como por asalto. El paisaje que se veía desde él era verdaderamente encantador.

Los dos jóvenes se instalaron en el pabellón y miraban el río porque ninguna barca que viniese de la ciudad, pudiera ir á la posada, sin pasar ante ellos. Boitoto había encendido su pipa, cuyo depósito de plata no era mayor que un dedal. Miodjin, acodado en la balaustrada, esforzábese por ocultar su turbación y su tristeza ; pero su compañero notó su palidez.

— ¿ Qué tienes ? — le preguntó. — ¿ Estás enfermo ?

El Casamiento de Yamata

— ¿ No estás tú como yo ? — dijo Miodjin, con voz temblorosa. — Toda la sangre me afluye al corazón y me ahoga una terrible angustia, á medida que se aproxima el momento, que con tanta ansiedad esperamos.

— Yo también estoy emocionado — dijo Boitoro — pero mi emoción es alegre ; mi sangre corre más aprisa por las venas y me siento feliz, mientras que tú pareces sufrir.

— Me asaltan mil inquietudes — replicó Miodjin — es verdad que amamos ; pero, ¿ somos correspondidos ? Las jóvenes á quienes esperamos ¿ no habrán dispuesto de su corazón ? Tengo tristes presentimientos. Ahora mismo me ha parecido que un zorro me hacía gestos, detrás del tronco de un cedro.

— Abandona los funestos presagios — exclamó Boitoro. — Ya se acerca la barca tan deseada.

En efecto, una barca surcaba el O-gava y se oía como un murmullo musical. Los dos amigos se inclinaron hacia el agua por ver si podían distinguir á las personas que venían en la barca ; pero no se veía sino una masa deslumbradora cuyos vivos colores se reflejaban, ondulantes, en el río. No se distinguía sino á los remeros cuyas siluetas se recortaban en el cielo, pero no tardó en verse una serie de banderolas que empavesaban la pequeña embarcación y poco después, quitasoles rosa de papel de fibras de bambú y lindos tocados femeninos.

Los rayos del sol jugueteaban en medio del grupo,

El Japón

arrancando destellos que cabrilleaban en el agua, agitada por los remos.

De repente exclamó Miodjin :

— ¡ Son ellas !

— Sí, sí, son ellas — dijo Boitoro que se resguardaba del sol con su abanico. — Yamata viene acodada en el tabique de su camarote.

No tardó la barca en deslizarse ante el pabellón de “ Las mil campanitas,” y Boitoro y Miodjin pudieron ver á dos jóvenes que, acompañadas por una mujer de edad madura, estaban sentadas en la popa, rodeadas por el oleaje de seda de sus vestidos. Largos alfileres de concha rubia se hundían en sus negros cabellos que diríase rodeados de una corona de rayos ; y la tez crema de sus rostros estaba ligeramente coloreada por la transparencia de sus quitasoles.

Una de las muchachas alzó la vista hacia el pabellón, sonrió al distinguir á los dos jóvenes y pudo verse brillar sus dientes, como granos de arroz.

En la proa de la barca, un joven elegantemente vestido, estaba inclinado atándose las cintas de sus zapatos y el sol brillantaba su sombrero de laca negra, en forma de escudo. Los criados ocupábanse de los cestos de las provisiones. En el interior del camarote, visible á causa de sus anchas ventanas, una cantante de leyendas nacionales, alquilada para divertir á los paseantes, estaba acurrucada en el suelo y hacía vibrar las cuerdas de su *biva*, cantando al mismo tiempo, con voz aguda, una romanza popular.

El Casamiento de Yamata

Sobre el agua silenciosa, en el aire tranquilo, se oía perfectamente la letra de la canción :

“ He aquí — dijo el hada al anciano — dos canastillas, una pesada y otra ligera : Elige.

“ Para un pobre viejo como yo — dijo el anciano — la ligera será pesada aún.” Y cogió la ligera.

“ Como se lo había mandado el hada, no abrió la canastilla hasta que llegó á su casa. Estaba llena de trajes muy lindos.

“ Su pícara mujer le preguntó de dónde procedía aquello y cuando lo supo, pensó que también ella podía encontrarse con el hada.

“ Se fué á la colina y, en efecto, vió aparecer al hada. “ Me maltrataste — le dijo ésta — cuando estuve en tu casa bajo la forma de un gorrión. — Sin embargo, escoge entre estas dos canastillas.”

“ La mujer cogió la más pesada y volvió á su casa muy orgullosa ; pero cuando abrió la canastilla, salieron de ella dos horribles monos encarnados que escaparon haciéndole gestos.”

La cantadora enmudeció.

Desapareció la barca detrás de los lirios de agua y de los iris, en la pequeña bahía que rodeaba á la posada.

Boitoro, abandonando precipitadamente el pabellón, corrió al desembarcadero. Miodjin, le siguió á distancia y, ocultándose detrás de un árbol, vió que su compañero se acercaba á los recién llegados, saludándoles graciosamente.

— ¡ Ah ! — exclamó el hermano de las jóvenes —

El Japón

Nos encontramos con los mismos compañeros del año pasado. Seguramente hemos de pasar un día muy agradable.

— Creía que nos volveríamos á ver — dijo la madre, cuyo ancho rostro se iluminaba con una sonrisa luminosa.

— La esperanza de volverles á ver, nos ha traído á este sitio — dijo Boitoro mirando á Yamata.

— ¿ No está su amigo con usted ? Me pareció verle al pasar ante el pabellón — añadió la menor de las jóvenes alzando la manga de su vestido, y ocultándose un poco detrás de su hermana.

Era linda y menuda, y tenía el aspecto vivo y curioso de un pájaro. Su vestido azul, adornado con hilos de oro, se ceñía á sus caderas, y un nudo enorme se inflaba detrás del talle. Llevaba gentilmente, sobre los alfileres que adornaban su peinado, su quitasol rosa y azul.

Su hermana era de una belleza más grave, velada dulcemente por un tinte melancólico ; sus ojos de negras pupilas, dejaban escapar relámpagos brillantes y dolorosos y era encantadora su triste sonrisa.

Miodjin había abandonado su escondite al oír que la joven preguntaba por él. Acercóse al grupo y su mirada se cruzó con la de Yamata. Esta volvió la vista en seguida.

— Ahí le tienes — dijo en voz baja la más joven, á su hermana.

— Cállate, Mizou — murmuró Yamata ; — disimula tu alegría.

El Casamiento de Yamata

Mizou hizo un gracioso gesto, y abrió su abanico para mirar á través de él.

— Futen — dijo la madre dirigiéndose á su hijo, — invita á estos señores á pasar con nosotros este día de campo, ya que hemos tenido la fortuna de volverlos á encontrar.

— Venerable madre, la noble Yakouna ha dicho en alta voz lo que pienso — respondió Futen inclinándose graciosamente ante los dos amigos.

— Perfectamente — dijo Boitoto, — y plegue al cielo que no sea este día el último que pasemos juntos.

Futen hizo una gentil pirueta y, echando á correr, desapareció en el bosque.

Inmediatamente todos empezaron á pasear por la umbría con exclamaciones de gozo, con ese aspecto de pájaro que adquieren los habitantes de la ciudad cuando llegan al campo.

Buscaron un buen sitio sobre la hierba, para almorzar. Cada uno creía haber encontrado el más lindo rincón y todos corrían alegremente de un lado para otro.

Boitoto se había unido á Futen, el hermano de las jóvenes. Este era un muchacho alegre, de rostro redondo, picado de viruelas, de labios gruesos y pupilas maliciosas. Se había levantado el traje, fijando uno de sus paños en la cintura para que, al correr, no le molestara la maleza, dejando ver sus pantorrillas morenas y nervudas.

— ¿ No tienes hermanos, señor Futen ? — le preguntó Boitoto, mientras caminaba al lado del joven.

El Japón

— No ; soy yo el jefe de la familia — contestó Futen, dándose aire de cómica importancia.

— ¿ Y te quejas de no tener otra compañía que la de las mujeres ?

— El pez nada en el río en que nace ; y pido todos los días al sol, que me envíe dos cuñados de mi gusto.

— Con la belleza de tus hermanas, Ten-Sio-Dai-Tsin no tendrá mucho que trabajar para complacerte.

— ¡ Ah ! exclamó Futen — bien se ve que no las conoces. Son coquetas, caprichosas y derrochadoras, hasta el punto de espantar al marido más generoso.

— Pues yo sería feliz sometiéndome á los caprichos de Yamata — dijo Boitoto lanzando un suspiro.

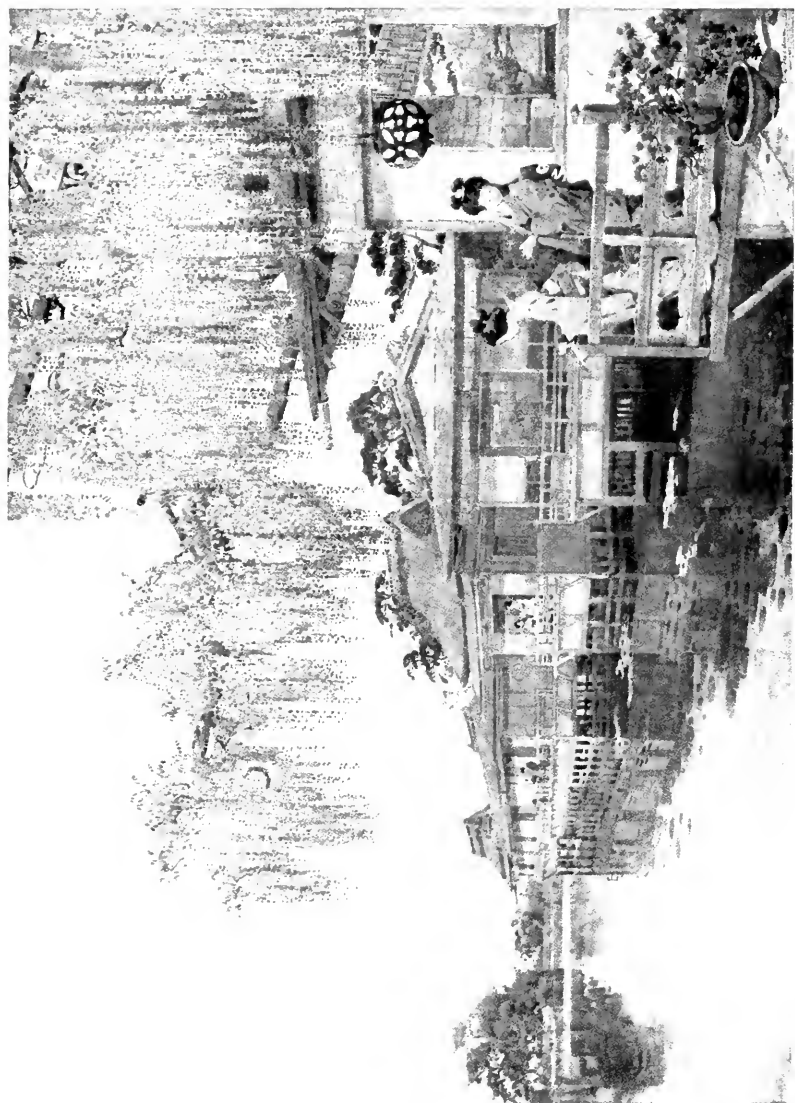
Futen se puso serio de pronto.

— Si hablas al jefe de la familia — dijo — no bromees. ¿ Quién eres para casarte con mi hermana ?

— Hablaré en mi nombre y en el de mi amigo Miodjin que ama á tu otra hermana — dijo Boitoto. — No tenemos padres, de modo que él es toda mi familia, como yo soy toda la suya ; nos conocimos en los bancos de la escuela y nos amamos desde entonces. El es samurai, como yo ; poseemos bastante capital, del cual disponemos desde hace algunos meses. Ha un año que amamos, en secreto, á tus hermanas y hemos venido hoy aquí, para decidir algo en concreto.

— Está bien. Lo pensaré — dijo Futen volviendo á adquirir su aspecto alegre, y, desafiando á Boitoto para que le cogiese, echó á correr á través de los árboles.

Ya estaba elegido el lugar á donde se iba á comer y



El Casamiento de Yamata

los criados lo rodearon de un trenzado de cañas que formaban como una muralla. También pusieron cañas sobre la hierba, colocando sobre ella, mesitas bajas, de laca negra, adornadas con oro. No tardó el suelo en cubrirse de cacerolas y platos, llenos de arroz y de *sake*, facilitados por el posadero.

La cantadora de leyendas, después de haber instalado su pupitre adornado con dos gruesas borlas rojas, apoyó en él su *biva*, y paseó, cogiendo flores.

Los nuevos amigos charlaban por grupos, pero la madre, batiendo palmas, exclamó:

— ¡Pronto! . . . ¡pronto! . . .

Todos se colocaron en círculo, y cogiendo con una mano bastoncitos de laca ó de marfil, que se manejan como alfileres, empezaron á comer.

Boitoro estaba muy contento. Reía y bromeaba con su futuro cuñado devorando con los ojos á la bella Yamata. Mizou parecía también muy alegre y miraba á Miodjin sonriendo; pero éste, pálido y silencioso, no levantaba la vista del suelo y apenas comía.

Yamata no comía tampoco.

Futen seguía hablando, en voz baja, con la cantante y ésta cantaba improvisando, al compás de su *biva*, y sus canciones se referían á las secretas preocupaciones de todos; hablaba de unos jóvenes que, sentados sobre la hierba, comían juntos por vez primera. Pensando en las comidas familiares que hacen á diario los que aman, bebían *sake* en tazas con fundas de paja, pero pensaban que era más dulce vaciar el

El Japón

lindo vaso de dos golletes que se bebe el día de la boda.

“¿Quién sabe lo que ocurrirá? — decía la terminación. — Depende del dios de los vientos que sopla de un lado ó de otro y junta ó separa las cosas.”

Esta alusión en nombre de Futen, que es también, el genio de los Vientos, era tan clara que todos miraron á aquél, sonriendo.

— Bien — dijo alegremente — hay que ofrecer algunas libaciones á ese genio caprichoso para que sople á gusto de todos. ¡Á tu salud, Futen!

Y vació, de un solo trago, una copa de *sake*.

Todos rieron excepto Yamata y Miodjin. La comida se prolongó mucho tiempo.

Después que hubieron acabado de comer, bailaron alrededor de los restos. Futen propuso el corro del arroz pero sólo él conocía las numerosas y complicadas figuras; se equivocaban, se cansaban, y todos terminaron acostándose sobre la hierba, para dormir.

Por la noche, iluminaron las embarcaciones y, lentamente, volvieron á la ciudad. Las dos barcas se deslizaban una al lado de la otra balanceando sus grandes linternas. La cantadora de leyendas punteaba distraídamente las cuerdas de su instrumento.

Por la parte de la ciudad, un gran resplandor iluminaba el cielo: era Tokio que se encendía. A medida que se iban aproximando, aumentaba el ruido de los gritos y de las músicas, y á cada momento, los cohetes hendían el aire.

El Casamiento de Yamata

— Todavía dura la fiesta — dijo Futen, que iba en pie, en la popa de la barca.

Las orillas del río estaban á obscuras. Los almacenes, los entrepuentes, los despachos de expedición, que lo encerraban entre sus filas de construcciones regulares, no tenían ni una luz encendida. El festón ininterrumpido formado por sus tejados, destacábase, en negro, sobre las claridades de las calles.

Pasaron las barcas bajo un hermoso puente encorvado como un arco tenso ; después bogaron por un canal, en donde se detuvieron.

Como la casa de las jóvenes estaba un poco lejos, tenían que ir á pie.

— Nosotros las acompañaremos — dijo Boitoro, — y así sabremos donde está su casa.

— ¡ Cuidado no os vayáis á perder entre la multitud, y tened cuidado con los ladrones ! — previno Futen.

Y, tomaron aliento para gobernarse en medio de la baraúnda, como si se arrojasen en ondas agitadas por el huracán.

Al día siguiente, muy de mañana, los dos amigos salieron al campo para buscar un arbusto parecido al espino, cuyas hojas permanecen constantemente verdes.

Cuando le hubieron encontrado sacaron sus respectivos sables y cada uno cortó una rama. Pero, luego de un momento de reflexión, Miodjin arrojó la suya á la maleza.

— ¡ Por qué haces eso ? — le preguntó Boitoro.

El Japón

— Porque no es conveniente pedir á las dos jóvenes á la vez. Cuando se haya decidido la suerte de la mayor, habrá tiempo de pensar en la más joven.

— Tienes razón — dijo Boitoro bajando la cabeza — ¡ Pobre amigo mío, cuánto se va á retardar tu felicidad !

— Esperaré — dijo Miodjin sonriendo tristemente.

Los dos amigos volvieron á la ciudad, é inmediatamente fueron á la casa donde vivían las jóvenes.

Boitoro pidió prestado un taburete á un comerciante vecino y colgó la rama verde encima de la puerta de entrada de la casa de Futen ; después se alejó y ambos se apostaron en la esquina de la calle para observar.

Un criado de la casa, que salió al poco tiempo, levantó las narices y viendo la rama suspendida, volvió á entrar rápidamente. Algunos instantes después, salió la familia y miró la rama, entrando al poco tiempo.

— ¡ Ah ! — gimió Boitoro quien no quitaba los ojos de la casa — ¿ me aceptará ?

Volvió á abrirse la puerta y apareció una criada con una especie de banquito de laca verde. Seguía la Yamata pálida de emoción. Sostenida por la criada, la joven subió lentamente al taburete, desató la rama y se la llevó.

— ¡ Me acepta ! ¡ me acepta ! — exclamó Boitoro, que atravesó corriendo la calle para entrar en casa de su prometida.

En su alegría, no vió la turbación de Miodjin quien, en lugar de seguirle, se apoyó en la pared con los ojos llenos de lágrimas.

El Casamiento de Yamata

Llegó el día fijado para la boda de Yamata y Boitoro, y todos los invitados iban ataviados con sus mejores trajes. Yamata los recibió con una triste sonrisa y muy pálida, vestida con su traje nupcial.

Boitoro estaba grave y contento, y Futen había puesto, momentáneamente, sordina á su loca alegría ; la madre de la casada enjugaba una lágrima y Miodjin mostrábase obsequioso con la joven Mizou.

Cuando estuvieron todos reunidos, comenzaron las ceremonias. Todos fueron conducidos á un patio en cuyo centro ardía un gran fuego.

Dos jóvenes, vestidas con trajes azules bordados con mariposas de oro, avanzaron graciosamente. Estas jóvenes representaban una pareja de lindos insectos, todo alas y todo amor, que simbolizan la felicidad conyugal. Cada una sostenía por un asa una gran canastilla llena de juguetes de niños, que, sucesivamente iban arrojando al fuego.

— El niño ya no jugará — decía una.

— La niña se convertirá en mujer, como la crisálida en mariposa.

— Sonreirás á tu esposo y arreglarás la casa.

Y los juguetes, unos después de otros, iban cayendo en el fuego, que crepitaba. Cuando ya no quedaba más que uno, las dos mariposas, exclamaron batiendo palmas :

— ¡ Marchémonos ! ¡ Marchémonos !

Entonces rompió á llorar la madre, Mizou levantó la manga de su traje hasta la altura de los ojos, Futen

El Japón

bajó la cabeza y Yamata se ocultó el rostro bajo sus blancos velos.

Esta ceremonia nupcial, que diríase un duelo, significaba que la joven moría para su familia y sólo era para su esposo.

Entonces los invitados, escoltando á la novia, salieron en dirección de la casa del novio.

Boitoro y Miodjin habían escapado sin ser vistos, y el primero estaba ya en el salón de honor de su casa cuando llegó la comitiva. Recibió á su esposa con las muestras de la más profunda alegría é invitó á los acompañantes á beber y á divertirse ; pero las jóvenes que iban vestidas de mariposas condujeron á los recién casados ante las imágenes de los dioses del hogar, colgados de las paredes. Uno frente á otro, apuraron hasta la última gota, un vaso de metal lleno de *sake*. Este vaso, que sostenía una de las jóvenes por un largo mango, tenía dos golletes.

Cada uno de los esposos bebía en el que estaba á la altura de sus labios.

— Así debéis beber la vida — decían las mariposas.

— El mismo licor será, para vosotros, dulce y amargo.

— En adelante todo es común para vosotros : las alegrías y las penas.

— Bebed, bebed. Los primeros sorbos son embriagadores.

— Procurad que nada enturbie la bebida, que nada la agríe, que nada la trueque en veneno.

El Casamiento de Yamata

— Que hasta la última gota, sea un filtro de amor y de felicidad.

Se levantaron los esposos y ya quedaban unidos para toda la vida.

Los asistentes fueron entonces á admirar la canastilla de la novia y los muebles que llevaba : trenzas, biombos, espejos de tocador, cofrecitos de laca, batería de cocina.

Después se sirvió la comida en una galería que daba al jardín.

Cuando hubieron acabado de comer y todos estaban embriagados, Yamata, que había tenido la vista baja, alzó la cabeza y miró á Miodjin de reojo. Le divisó un poco distante, en frente de ella. La dolorosa contracción y la palidez de su rostro, la impresionaron, y le hizo una señal para indicarle que quería hablar con él; pero el joven no la vió y levantándose, se fué al jardín. Yamata se levantó también y fué en su busca. Un sollozo desgarrador le indicó el sitio donde se hallaba. Estaba tendido sobre la hierba y lloraba amargamente con la cabeza entre las manos.

— ¡ Hermano ! . . . ¡ Hermano ! . . . — exclamaba Yamata arrodillándose cerca de él — ¡ Lloras ? ¡ Qué tienes ?

El joven se levantó vivamente.

— ¡ Tú ! . . . ¡ tú aquí ! ¡ ah ! ¡ déjame ! ¡ déjame ! ya no soy el dueño de mi corazón ; lo ha desgarrado el dolor tanto tiempo contenido. ¡ No puedo más ! ¡ Tú no debes asistir á la muerte de mi corazón !

El Japón

— ¿ No soy tu hermana ? — dijo Yamata dulcemente.
— ¿ No quieres que comparta tus penas ?

— ¿ Pero eres capaz de venir á insultarme con tu felicidad ?

— ¿ Mi felicidad ?

— Sí, ¿ no has comprendido que desde hace un año te amaba y llevo ya un mes sufriendo ?

— Él me escogió — murmuró Yamata.

— Boitoro era más digno que yo de tu amor. Le he ocultado mi pensamiento para no entristecerle. Ahora déjame llorar.

— ¡ Ah ! ¿ qué hemos hecho, Miodjin ? — exclamó Yamata estallando en sollozos — yo también pensaba en ti hace un año, pero también mi hermana te amaba y como tú, le oculté mis sentimientos para no entristecerla.

Los dos jóvenes, aterrados ante esta confesión, se miraron largo tiempo en silencio.

— Hermano mío — dijo después la joven llorando, — hay que resignarse. Soy la esposa de Boitoro.

— ¿ Por qué lo hicistes ?

— ¡ Ah ! por mil razones, que hoy me parecen mil lazos, dejé adivinar á mi hermana, que amaba á uno de los extranjeros que encontramos en la posada de “ Los cañaverales florecidos.” Estaba persuadida de que era á ella á quien tú amabas y tuve temor de que sospechara lo más mínimo si yo no aceptaba á Boitoro. ¡ Para que sean felices, deben ignorar nuestro dolor ! Somos las víctimas y también sufrimos

El Casamiento de Yamata

los dictados del Destino. No nos convirtamos en verdugos.

“Pero mi hermana te espera. Parece amarte profundamente. No queramos que ellos sufran como nosotros. Sacrifiquémonos por su felicidad, ya que es irreparable nuestra desgracia.

— ¡No, no! . . . — exclamó Miodjin.

— Miodjin ¿vas á tener menos valor que una mujer?

Miodjin bajó la cabeza y, después de un momento de silencio, dijo:

— ¡Hermana! tienes un alma heroica. Yo estoy al borde de un precipicio sin fondo en que está abismada toda mi felicidad. Ya no me queda más que caer del todo en él. Me someto: mándame ¿qué debo hacer?

— Casarte con mi hermana — dijo Yamata con voz temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas; — debes hacerla feliz en nombre del amor que me profesas, como yo amaré á mi esposo, en recuerdo tuyo.

— Te obedeceré — dijo Miodjin — haré el sacrificio que nos ha impuesto una tierna amistad. Mañana colgaré en su puerta el ramo simbólico.

— Gracias; eres un hombre. El cielo nos recompensará en la otra vida por haber tenido la abnegación de renunciar á la dicha terrestre. Adiós, hermano . . . ¡Adiós!

— ¡Adiós! . . . ¡Adiós! . . . — murmuró

El Japón

Miodjin mientras Yamata se alejaba enjugando sus lágrimas.

Y cuando dejó de ver flotar entre los árboles sus velos blancos, se arrojó sobre la hierba, para ahogar los sollozos que le estrangulaban la garganta.

FIN

ÍNDICE

	PÁGINAS
PRÓLOGO, DE JUAN AICARD	9
EL JAPÓN	
SUS ORÍGENES	17
LA HISTORIA	19
LOS NOMBRES	23
TOKIO	24
EL FOUSI-YAMA	26
LOS TEMPLOS	27
DIFERENTES TIPOS	29
LOS TRAJES ANTIGUOS	30
LA HORA JAPONESA	34
LA FUERZA FÍSICA	35
LA LEY	36
LAS FIESTAS	40
LOS JARDINES	44
EL ARTE	46
FABRICACIÓN DE LA LACA	55
CUENTOS Y LLEYENDAS	
LA CEREMONIA DEL TE	63
UNA FIESTA EN LA CORTE DEL MIKADO	73
LA COLINA DE LA PRIMAVERA	83
EL CASAMIENTO DE YAMATA	87

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Vendedora de crisantemos	<i>Frontispicio</i>
	PÁGINAS
Pórtico sagrado	12
El templo	21
Escaparate de un vendedor de muñecas, donde están expuestos los trajes nacionales	32
La fiesta de las linternas	41
Jardín japonés	52
La calle de Mouromati	61
Casa de te	72
El palacio del surtidor de agua	81
El pabellón de las mil campanitas	92
Yamata y Mizou	101
Camino del templo	<i>Cubierta</i>

Mapa del Japón, página 6.


IMPRESA DE LA CASA
EDITORIAL HISPANO-
AMERICANA. — PARIS

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Los Angeles

This book is DUE on the last date stamped below.

MAY 28 1956

DS Frazier -
91 - 1 Junior.
723JS

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

A 000 584 971 6

MAY 28 1968

DS
91
723JS

